

LA MAQUINA DEL TIEMPO

Retrocede 200 años.
Vive la Revolución Francesa en:

LA HOJA DE LA GUILLOTINA

Arthur Byron Cover



TIMUN MAS

LA MAQUINA DEL TIEMPO 14

La hoja de la guillotina

Arthur Byron Cover



Ilustraciones: Scott Hampton

TIMUN MAS

¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona de suerte! Sí, en este momento tienes en tus manos una... ¡máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo lees todo seguido, del principio al fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro período de tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina del tiempo te irá presentando opciones de adónde ir o de qué hacer.

El presente volumen contiene también un banco de datos para informarte sobre la época en la que vas a vivir. Puedes utilizarlo para desplazarte con mayor seguridad a través del tiempo. O bien tomar tus decisiones sin consultarlo. Tú eres el único responsable.

IMPORTANTE

Al final de este libro hay una lista de datos. Contiene sugerencias para ayudarte si no estás seguro de qué camino has de emprender. Este símbolo aparece al lado de todas las elecciones para las cuales existe una sugerencia en la lista de datos.



Con objeto de terminar tu misión lo más deprisa posible, y con éxito, puedes emplear a la vez el banco de datos y la lista de datos.

Hay una conclusión correcta para esta misión. Debes llegar a ella o... ¡arriesgarte a quedar perdido en el tiempo!... y recuerda que tienes a tu disposición el banco de datos y la lista de datos.

LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces tu misión, debes observar las reglas siguientes. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen, se arriesgan a quedar perdidos en él para siempre...

1. No mates a ninguna persona ni animal.
2. No intentes cambiar la historia. No dejes nada del futuro en el pasado.
3. No lles a nadie contigo cuando franquees la barrera del tiempo. Evita desaparecer de un modo que asuste a la gente o la haga sospechar.
4. Sigue las instrucciones que te dé la máquina del tiempo y elige entre las opciones que te ofrezca.

TU MISIÓN

Tu misión consiste en encontrar el controvertido collar de diamantes que contribuyó a desencadenar la Revolución Francesa.

En 1785 Francia estaba a punto de arder en las llamas de la revolución. Ese mismo año el cardenal De Rohan, encargó un collar de diamantes en nombre de la reina María Antonieta. El pueblo francés supuso que el collar era otra muestra de espilfarro de la reina y se indignó.


Estalló un gran escándalo. La reina negó conocer la existencia del collar. Finalmente se demostró que el cardenal se había propuesto regalar el collar a su favorita, la condesa de la Motte.

El cardenal y la condesa fueron castigados por este ardid. Poco después el enardecido pueblo francés se sublevó y el collar desapareció.

Debes retroceder en el tiempo hasta la Francia del siglo dieciocho para buscar el collar desaparecido y averiguar qué papel jugó durante la Revolución Francesa. ¡Ten cuidado! ¡Esta época fue una de las más turbulentas de la historia!



**Para activar la máquina del tiempo,
pasa la página.**

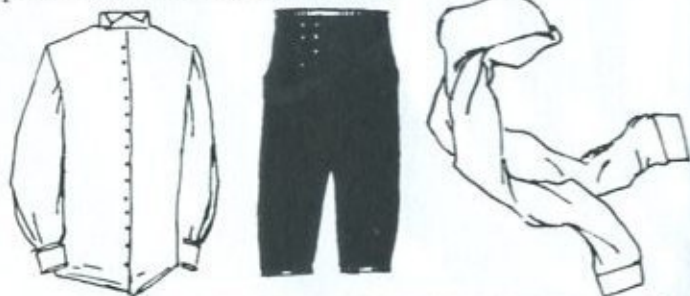


**VIAJE A TRAVÉS DEL
TIEMPO ACTIVADO.**
Listo para el equipo.

EQUIPO

Para tu misión durante la Revolución Francesa llevarás pantalón y camisa. Durante la revolución, este tipo de vestimenta se puso de moda entre los campesinos y la clase obrera. Muchos liberales ricos que apoyaron el nuevo orden francés se ponían también ropas sencillas.

Asimismo, tienes la opción de llevar un pañuelo de color rojo alrededor del cuello. Muchos de los más ardientes paladines de la revolución lo llevaban para manifestar su adhesión.



Para empezar tu misión,
pasa a la página 1.



Para saber más cosas acerca
de la época a la que viajarás,
pasa a la página siguiente.

BANCO DE DATOS

Estos importantes datos sobre Francia en la época de la revolución te ayudarán a cumplir tu misión:

1. Hasta el siglo dieciocho, la mayoría de las personas consideraban a la monarquía como la única forma de gobierno legítima, tal como estaba dispuesto por Dios. El principio según el cual los reyes y nobles rigen las naciones a través de la voluntad de Dios recibía el nombre de «derecho divino de los reyes».

2. En el siglo dieciocho, en la década de los 80, famosos filósofos como Jean-Jacques Rousseau –y agitadores de la Independencia Norteamericana como Thomas Paine– pusieron en duda el derecho divino de los reyes. Contribuyeron a popularizar la idea de que el gobierno tenía el derecho de gobernar *sólo en nombre de la voluntad del pueblo*.

3. La Francia del dieciocho se dividía en tres clases sociales: la nobleza se denominaba Primer Estado; el clero de la rica Iglesia era conocido como Segundo Estado, y campesinos y clase media aunaban fuerzas para formar el Tercer Estado o estado llano.

4. El rey Luis XVI subió al trono en 1774, a los 19 años. Débil e irresoluto, era sumamente incompetente para gobernar Francia durante los tiempos turbulentos que le esperaban.

5. El pueblo llano desconfiaba de la esposa de Luis, la reina María Antonieta, porque era extranje-

ra. La aristocrática corte tampoco la quería, porque no se ajustaba a las normas estrictas de las costumbres cortesanas.

6. En el siglo dieciocho, a comienzos de la década de los 80, los ingresos de los pobres apenas podían competir con el ritmo de la inflación. Muchos campesinos huyeron a las ciudades en busca de trabajo, pero sólo encontraron más pobreza.

7. En 1788, año en que el gobierno francés estaba a punto de declararse en quiebra, el rey Luis intentó hacer aprobar una nueva ley de contribuciones. Se vio obstaculizado por los aristócratas, que reclamaron una sesión parlamentaria de los estados generales —representantes de los tres estados—, que no se convocaba desde 1614. El monarca no permitió la reunión. Ese verano estalló en el campo una franca y más bien violenta rebelión contra los impuestos. Al final el rey se vio obligado a ceder.

8. El rey permitió que fueran elegidos más miembros del Tercer Estado para formar parte de la Asamblea Nacional, concediendo así una representación mayor del pueblo llano en el gobierno. Las elecciones se celebraron a comienzos de 1789.

9. A fines de abril de 1789, los delegados de la nueva Asamblea Nacional llegaron a Versalles para debatir y votar diversas propuestas. Cuando quedó de manifiesto que el clero podía decantarse por apoyar al pueblo llano y defender un gobierno constitucional, el monarca le prohibió la entrada al salón de la Asamblea. El Tercer Estado se reunió en un campo de tenis cercano y el 20 de junio de 1789 juró no levantar la sesión hasta que se ratificara una constitución que garantizara los derechos del hombre. Este acontecimiento se conoce como Día del Juramento en la Pista de Tenis.

10. El 14 de julio de 1789, la turba parisina tomó por asalto y capturó la vieja prisión medieval de la Bastilla. Aunque en ese momento sólo albergaba a siete presos, durante siglos la Bastilla había sido un símbolo de opresión. Por este motivo los franceses siguen celebrando el 14 de julio como el día de la Independencia.

11. La Asamblea Nacional, apoyada por el pueblo llano y por los miembros liberales del ejército y de la aristocracia, realizó entre 1789 y 1791 una serie de reformas del gobierno local y del de la Iglesia. En septiembre de 1792 la Asamblea abolió oficialmente la monarquía y se dedicó a discutir el destino de la familia real.

12. El general marqués de Lafayette, que ayudó al general George Washington durante la Guerra de la Independencia Norteamericana, estaba considerado como amigo del pueblo... y lo fue hasta el 17 de julio de 1791. Temeroso de que la chusma ejerciera violencia contra el rey y su familia, Lafayette ordenó a sus tropas que dispararan contra el populacho reunido en el Campo de Marte. El resultado fue una matanza que le costó a Lafayette perder el apoyo popular.

13. El abogado Georges-Jacques Danton abrazó la causa revolucionaria al comprender que tendría que luchar para encontrar un lugar en el nuevo orden. En 1792 fue designado ministro de Justicia.

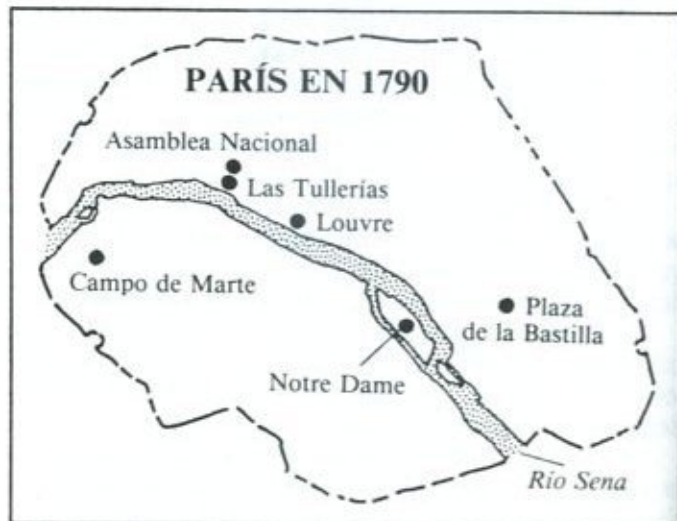
14. Jean-Paul Marat, escritor de extraordinaria influencia, se hizo famoso por sus críticas a la aristocracia. El 30 de julio de 1793 fue asesinado por la demente Charlotte Corday.

15. Muchos miembros de la Asamblea llegaron a la convicción de que sólo podría conseguirse una Francia democrática después de guillotinar a «los

enemigos de la democracia». Poco después, eran considerados «enemigos» aquellos que disentían de los más poderosos o que se oponían a ellos.

16. En 1793 los delegados de la Asamblea –que ahora se denominaba Convención Nacional– crearon una comisión llamada Tribunal Revolucionario, para juzgar a los ciudadanos acusados de cometer delitos contra el Estado.

17. Temerosa de que el conflicto desembocara en una guerra civil, la Convención creó también el Comité de Seguridad Pública, encargado de mantener el orden. El miembro más influyente del Comité fue Maximilien-Marie Robespierre, que ordenó la ejecución de cientos de adversarios... o de aquellos a los que consideraba adversarios. El período en el que Robespierre asumió el poder –de octubre de 1793 a julio de 1794– se conoce como el Terror.



18. En enero de 1793 la Convención ordenó la ejecución del rey Luis XVI. En octubre de 1793 el Comité de Seguridad Pública llegó aún más lejos... y ejecutó a la reina.

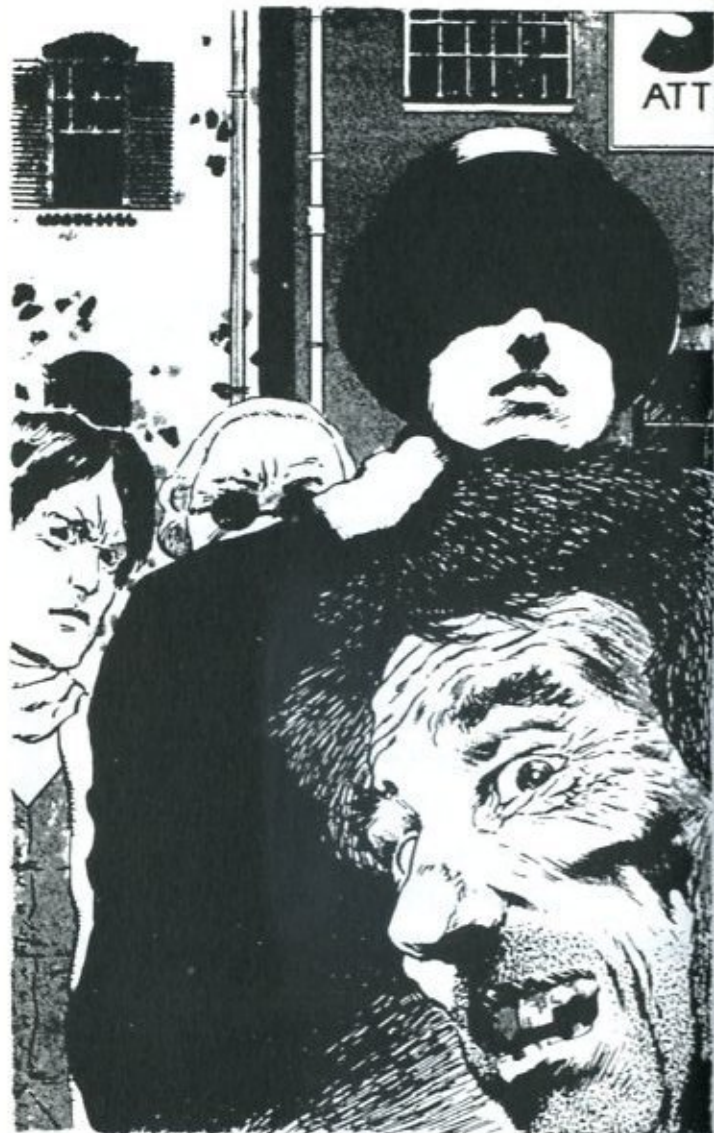
19. La Convención aprobó cientos de reformas sociales que favorecieron la vida de los desposeídos. Una de las reformas que no logró establecerse fue la del Nuevo Calendario, ratificada en 1794. El año del derrocamiento de la monarquía, 1792, fue el Año Uno.

20. La Convención Nacional fue abolida en 1795. Así se puso fin oficialmente a la Revolución Francesa. Los militares, encabezados por un héroe de guerra, el general Napoleón Bonaparte, contribuyeron a restablecer el orden después de 15 años de conflictos civiles. De esta forma Napoleón inició su ascenso hacia el poder absoluto.

**BANCO DE DATOS
AGOTADO.
PASA LA PÁGINA
PARA EMPEZAR TU MISIÓN**



Cuando aparezca este símbolo, no olvides que, para orientarte, puedes consultar la lista de datos que hay al final del libro.



EL gentío puebla las calles cuando llegas a París en mayo de 1794. La multitud vocinglera va y viene sin orden ni concierto. ¿Qué ocurre?

Ves a un hombre alto que te hace señas y grita: -Eh, tú, ¿no me oyes? ¡Quítate de en medio!

El hombre sabe lo que dice, pues un vehículo que hace un ruido estrepitoso rueda por la calle adoquinada. Te vuelves y ves acercarse un carro tirado por caballos. Las ruedas del carro son más ruidosas que los cascos de los cuadrúpedos y el cochero hace chasquear el látigo.

-¡Abrid paso! ¡Abrid paso! -grita a la chusma y, sobre todo, a ti.

Te apartas del camino y miras al interior del carro cuando pasa. Lleva una estatua que representa a un hombre alto y delgado, que viste pantalón y camisa con chorrera. Lleva monóculo y en las manos sostiene un libro de contabilidad abierto. Su expresión es severa e implacable.

-Y ése ¿quién es? -preguntas al hombre que te avisó del peligro que corrías.

-¿El de la estatua? Si no sabes quién es, es que eres un paleta -el hombre mira en todas direcciones para comprobar si alguien puede oírlo y añade:-

Es Robespierre, del Comité de Seguridad Pública. Alguien llegó a la conclusión de que sería una buena idea levantarle un monumento durante la Fiesta del Ser Supremo.

—¿A qué se refiere? —inquieres.

—Hablo de la nueva fiesta religiosa que proclamó Robespierre después de que el Comité y él prohibieran en la nueva Francia todas las religiones primitivas —desconfiado, el hombre entrecierra los ojos y te agarra por el brazo—. ¿Dónde has estado? Todos en París conocen esta fiesta.

Ves que el hombre lleva en el cuello un pañuelo rojo, lo que significa que es un firme partidario de la revolución. Lo mismo puede decirse del hombre gordo apoyado en un edificio de piedra próximo. Otras personas os miran con expresión de preocupación.

«Será mejor que tenga cuidado. Estos dos podrían pertenecer a un comité» —piensas.

—Acabo de llegar del campo —respondes—. ¿En qué puedo colaborar para la fiesta?

Tu rápida respuesta sorprende al hombre alto, que te suelta y te observa pensativo.

—No te metas en líos... si puedes.

Asientes con la cabeza y te alejas con el paso firme de la persona que sabe a dónde va y para qué. De hecho, no sabes si girar a la izquierda o a la derecha. Procuras no internarte entre lo más denso de la muchedumbre y piensas en el collar. Veamos... corre el año 1794. Eso significa que en este momento ya hace nueve años que no se sabe nada del collar. Es posible que haya cambiado varias veces de propietario.

Oyes unas pisadas a tus espaldas. ¡Los dos hombres te siguen! Aceleras el paso. De vez en cuando miras hacia atrás. Poco después los hombres parecen quedar rezagados. Procuran no llamar demasiado la atención, pero te siguen.

Continúas andando. Una hora más tarde has dejado atrás el centro de París y has llegado al extremo de un bloque de grandes casas, con un magnífico jardín en la parte delantera. Te internas en una ajetreada plaza, rodeada de numerosas tiendas, todas elegantes. Enfrente divisas una joyería. Si alguien sabe algo acerca del collar, tiene que ser un joyero. ¡Quizá puedas resolver enseguida el misterio!

Entras en la joyería y te acercas a un hombre calvo y regordete, de tez rojiza. Está sentado detrás del mostrador, observando una brillante chuchería dorada.

—¿En qué puedo servirte? —pregunta con frialdad, mirándote desdeñosamente.

—Estoy buscando a alguien que pueda decirme el paradero actual del collar que el cardenal De Rohan encargó en nombre de la reina algunos años antes de la revolución.

El calvo te guiña el ojo.

—Y que regaló a su amiga, la condesa de La Motte. Sí, aunque ambos sufrieron por su indiscreción, el collar sigue sin aparecer.

La puerta se abre a tus espaldas y suena la campanilla. El joyero y tú guardáis silencio, mientras el hombre alto y su amigo entran en el local. Rodeados de esos brillantes y valiosos artículos de lujo, tanto ellos como sus roídas vestimentas parecen fuera de lugar. Pero dan una vuelta por el interior, simulando interesarse por las mercancías.

El hombre calvo situado detrás del mostrador carraspea e intercambia una mirada muda con el hombre alto que acaba de entrar.

El calvo se agacha y te mira a los ojos.

—Te haré una pregunta, jovencito, y sólo te la haré una vez. ¿Eres amigo de la revolución?

«Vaya, vaya» te dices. E instintivamente te metes la mano en el bolsillo del pantalón. ¿Has optado por traer el pañuelo rojo?



Trajiste el pañuelo.
Pasa a la página 7.



No trajiste el pañuelo.
Pasa a la página 14.



DECIDES conseguir un pañuelo rojo lo más pronto posible... y llegas a una zona rural en las cercanías de París. Las calles son de tierra apisonada. No hay adoquines ni aceras. Entre la calle y las casas crecen arbustos y brotes de hierba.

A unos veinte metros de distancia, un herrero moldea una herradura. Hace un alto en el trabajo y se seca la cara con un trapo rojo.

Hmmm. Ese trapo podría parecer un pañuelo de cuello.

Te acercas al establo.

—¡Buenas tardes, señor! —saludas e intentas alcanzar el pañuelo, que reposa en un tocón—. ¿Le molesta que lo tome prestado por un rato?

El herrero estira la mano y te sujeta la muñeca antes de que consigas tu propósito. Te mira a los ojos y dice severamente:

—Es la mañana.

Miras el sol y luego sonríes tímidamente.

—Ya lo creo —respondes, riendo nervioso. Intentas apartar la mano, pero el herrero no te suelta.

—Supongo que sabes que una persona puede ser condenada a la guillotina por el más nimio de los delitos —comenta el herrero—. Además, nunca se sabe quién espía para el Comité vigilando al pueblo llano, sobre todo a los que se ganan la vida sirviendo a los nobles del Primer Estado, como mis vecinos y yo.

¡Te has metido en un buen lío! Tratas una vez más de apartar tu mano, pero el herrero no te suelta.

—He oído decir —prosigue el herrero— que algunos espías se ocupan de ver si un pañuelo es un pañuelo para la nariz... ¡o un pañuelo de cuello!

—¡Espere un momento! Yo no soy espía. Sólo intentaba...

El herrero se te acerca.

—Sólo pretendías armar jaleo para ver si podías demostrar que eres bueno delante de uno de los Comités revolucionarios. ¡Y a mí me encantaría darte una paliza en nombre del rey!

¡Oh, no! ¡Este hombre es monárquico! Haciendo un esfuerzo desesperado, logras soltarte. Te vuelves y corres calle abajo.

Las pisadas del herrero suenan firmes y veloces a tu espalda. ¡Está acortando distancia!

En una esquina giras y te metes tras una hilera de arbustos. Te acurrucas en el suelo cuando el herrero pasa a tu lado resoplando.

¡Qué alivio! Como nadie puede verte, franqueas la barrera del tiempo. ¡Esta vez intentarás llegar al lugar donde fabrican los pañuelos!



Vas a la página 22.



ACAS el pañuelo rojo del bolsillo y se lo muestras al joyero.

El hombre queda decepcionado. Evidentemente, no esperaba que lo tuvieras. Mira impotente a los dos revolucionarios y luego vuelve a observarte.

—Ya lo veo. El pañuelo demuestra que eres uno de los fieles —dice taciturno.

—¿Estás acusando a este joven de ser un espía? —pregunta sonriente el hombre gordo.

—¡No soy espía! —exclamas decidido—. Quiero averiguar el paradero del collar para donarlo a la revolución.

—Sí, eso tiene sentido —interviene el hombre alto.

—Lo tiene, pero ¿ese hecho ayudará al pueblo, a Robespierre o a otra persona? —inquire el hombre gordo—. Sea como fuere, ese joven se expresa como un auténtico revolucionario. Disculpádnos un momento —te toma de la mano y te lleva rápidamente a la calle—. Supongo que sabrás disculpar a mis amigos. Son demasiado apasionados. En estos tiempos turbulentos es difícil distinguir al amigo del enemigo. Me llamo Pierre Camus y conozco a alguien que quizá tenga información sobre el collar desaparecido. No tengo inconveniente en ayudarte, si eres un patriota.

Silencioso y pensativo, te escolta por las calles. Te mueres de ganas de averiguar qué sabe Pierre, pero piensas que es mejor aguardar a que lo diga cuando considere que es el momento oportuno.

Súbitamente la multitud se apiña calle abajo. Pierre la observa y exclama:

—¡Una progresión! Me gustaría saber si participa alguien que conozco. ¡Deprisa, sígueme!

—¿Una progresión? ¿Qué es eso? —te interesas.

Pierre ríe.

—¡No seas ingenuo!

Al llegar junto a la muchedumbre, ves una sucesión de carros que descienden por las calles. Todos los carros están llenos de presos. Parecen ser de todas las clases sociales. Aunque algunos lucen galas convertidas en andrajos, la mayoría lleva pantalones o vestimentas sencillas. Sólo unos pocos van humildemente vestidos o harapientos.

—¡Esta gente está a punto de afrontar la guillotina! —susurra Pierre—. ¡Ten cuidado con tus reacciones y con lo que dices! ¡Aunque los rufianes de la muchedumbre lo ignoran, pueden tener a su lado a los espías de Robespierre!

Tardas unos segundos en comprender claramente el significado de las palabras de Pierre. ¡Esa gente será decapitada!

—¡Hay un centenar de personas! —exclamas. Y se te revuelve el estómago.

—Ya lo creo —comenta Pierre pensativo—. Un día lento. Hmmm. No conozco a nadie. No hay ni un amigo ni un enemigo. No debo llamar la atención.

—Parece tomarse las cosas con calma —comentas roncamente.

Amablemente, Pierre te pone la mano en el hombro.

—Lamentablemente me he acostumbrado a todo esto desde que comenzó el Terror. A decir verdad, muy pocos apoyan a Robespierre y a su Comité de Seguridad Pública, pero todos temen denunciarlo. Vamos, debo regresar con mis compañeros antes de que recelen de los motivos por los que te ayudo.

Poco después Pierre te lleva a las afueras de la ciudad, al barrio más pobre y sucio que hayas visto en tu vida. Las calles rebosan de niños jugando, de mujeres ocupadas en penosas faenas y de parados que pierden el tiempo. Percibes un centenar de olores rancios.

—Se supone que yo no debería conocer la existencia de este lugar —susurra Pierre, mientras os acercáis a una desvencijada puerta de madera, cercana a la parte trasera de un mísero edificio.

Pierre llama dos veces a la puerta, que se abre apenas lo suficiente para que entréis. Las paredes de la habitación son de madera. La estancia está casi totalmente vacía. Sólo hay una mesa larga en el centro.

Alrededor de la mesa están sentadas ocho personas, que al principio no parecen reparar en tu presencia.

—¡Afirmando que el Terror ha durado demasiado tiempo! —dice un joven enfurecido.

—¿Cómo podemos ponerle fin? —pregunta la bonita mujer que está a su lado. Vestida con una blusa y una falda sencillas, la joven tiene unos llamativos ojos redondos, pómulos altos y nariz respingona. El pelo negro se le enrosca alrededor del rostro como un tocado de flores silvestres—. Georges, ¿estás dispuesto a plantarte ante la Convención y denunciar a Robespierre como enemigo de Francia?

Georges se estremece y murmura:

-No...

-¿No vamos a hacer nada? -pregunta otro hombre.

-Debemos esperar -responde la mujer-. Cuando alguien más poderoso que nosotros hable, debemos concederle todo nuestro apoyo. Estoy segura de que incluso entonces nos jugaremos el pellejo.

Los demás asienten. Es evidente que la muchacha es una líder. Parecen estar de acuerdo durante diez segundos... y luego todos se lanzan a una acalorada discusión.

-Esta gente habla demasiado alto -te dice Pierre-. No estarán a salvo por mucho tiempo. La mujer, la jefa del grupo, es Emma Berthier. Por los rumores que llegaron a mis oídos, su familia tuvo algo que ver con el escándalo del collar desaparecido... Aunque, en realidad, no sé muy bien de qué se trata. Ahora tendrás que disculparme. Debo regresar con mis amigos. «Au revoir.»

-Adiós -dices, poco convencido, mientras ves alejarse a Pierre.

¿Qué harás si esta pista no es más que un callejón sin salida? ¿Y si Emma no está dispuesta a hablar?

Sólo hay una manera de averiguarlo. Ves que Emma se ha apartado de la mesa. Tiene el ceño fruncido, en un gesto de concentración, y observa atentamente a sus amigos.

-Si me permite -dices al acercarte a ella-, tengo un problema que quizás usted pueda ayudarme a resolver -le explicas en pocas palabras que estás buscando el collar.

-Lo siento mucho, pero no puedo ayudarte -responde y te lleva al otro lado de la habitación, donde la discusión ya no se sostiene a voz en grito-. Du-



rante un tiempo mi madre trabajó para la condesa y se rumoreó que durante unos días el collar estuvo en manos de un miembro de mi familia, pero yo no sé nada de todo esto. Desde hace años sospeché que algún día sería peligroso saber muchas cosas acerca del collar. Y ahora lo sé con plena certeza.

—Comprendo —dices, en el preciso instante en que ves a varios hombres a través de la ventana.

Todos llevan en el cuello pañuelos rojos y uno llama enérgicamente a la puerta.

—¡Abrid! —grita—. ¡El Comité de Vigilancia tiene autoridad absoluta en este barrio... y actuamos en nombre de Robespierre!

Súbitamente la habitación queda en silencio, como si la charla hubiera sido una vela apagada por una mano gigante.

A continuación, tres de los reunidos tropiezan entre sí, en su esfuerzo por alcanzar la puerta. Tal vez quieran simular que se alegran de ver a los miembros del Comité.

A la izquierda divisas un estrecho pasillo que conduce a otras habitaciones. Te internas por él. Como nadie puede verte, estarás en condiciones de franquear la barrera del tiempo si resulta necesario. Y sigue en pie la posibilidad de hacer acto de presencia en la sala.

Te apoyas contra la pared y oyes a los miembros del Comité que entran pisando fuerte.

—¿Es usted Emma Berthier? —pregunta un hombre a la joven con tono seco.

—Sí —responde.

—En ese caso, debe acompañarnos ante Robespierre. ¡De acuerdo con la información de sus espías, usted conoce el paradero de un collar que debería ser propiedad de Francia!

—Claro que iré —asegura Emma cínicamente.

¿Cómo se las arreglaron los espías para averiguarlo tan deprisa? ¡Seguramente los amigos de Pierre recelaron y te siguieron!

¿Qué puedes hacer? Tienes dos opciones. Emma dijo que su madre trabajó para la condesa. Tal vez debieras franquear la barrera del tiempo y visitar a la condesa en la época en que la madre de Emma estaba a su servicio.

O quizá debieras tratar de acompañar a Emma y comprobar si le cuenta a Robespierre algo más acerca del secreto de su familia. ¡Robespierre no parece el tipo de persona a la que un revolucionario pueda darse el lujo de resistirse!

¡Será mejor que tomes una decisión, porque oyes que los miembros del Comité acompañan a Emma a la calle!



**Visitas a la condesa.
Pasa a la página 19.**



**Vas con Emma al encuentro
de Robespierre.
Pasa a la página 25.**



H

URGAS en tu bolsillo... ¡y descubres que, después de todo, no trajiste el pañuelo rojo! Huir es imposible. Tal vez hablando puedas salir de este lío.

—Está bien, Albert, ¿qué pasa? —pregunta el hombre alto al joyero.

El gordo y el alto se acercan y te arrinconan contra el mostrador.

—¡Este jovencito busca el collar de la reina y no quiere explicar por qué motivos! —responde el joyero—. Tengo la sospecha de que este contrarrevolucionario ha caído en nuestras manos.

—Tiene sentido —comenta el gordo sonriéndote—. Probablemente está de acuerdo con los aristócratas ingleses o con los holandeses.

—Nuestro amigo el joyero ha hecho graves acusaciones, —añade el hombre alto—. ¿Qué alegas? ¿Ya te han juzgado?

—¡Soy inocente! ¡Vengo del campo y soy un orgulloso miembro del Tercer Estado, de la clase del hombre del pueblo!

—En ese caso, ¿dónde está tu pañuelo rojo? —inquire el hombre gordo.

—¡Lo dejé en casa!

—Tu respuesta tiene sentido —interviene el hombre alto y te acompaña hasta el exterior de la joyería.

—Te hemos preparado una nueva casa —dice el hombre gordo—. Una casa muy bonita, oscura y húmeda. Quizá tu pañuelo esté allí.

—¿No seré juzgado? —preguntas.

—Por supuesto —responde el hombre alto—. Tendrás un juicio justo. ¡Y después probablemente serás guillotinado!

Los revolucionarios te guían por unas calles serpenteantes hasta llegar a lo que parece la puerta de una cárcel. Te hacen entrar a empujones y te acompañan por un estrecho pasillo. A ambos lados se ven las puertas de unas celdas. Luego asciendes por un largo tramo de escaleras.

Finalmente los revolucionarios y tú llegáis a la puerta de una celda situada en lo alto de la torre.

—¿Has visto? —comenta el hombre alto—. Ya te decía yo que no nos perderíamos. A veces es muy útil tener un hermano carcelero —agita un manojo de llaves antes de abrir la puerta de una celda.

—¡Sin duda, será muy útil el día en que Robespierre decida arrestarte! —añade el hombre gordo.

El alto responde a su amigo con una gélida mirada.

—Lo que has dicho no tiene ninguna gracia —asegura—. Sabes muy bien que podría ocurrir fácilmente —se vuelve hacia ti y abre la puerta—. ¡Adentro, jovencito!

Obedeces. Los revolucionarios echan el cerrojo a la puerta y se van.

En lugar de sentirte atrapado y deprimido, no cabes en ti de alegría. Por fin estás solo y en condi-

ciones de buscar el modo de salir de ese atolladero.

¡Un momento! ¡Alguien está tendido en un camastro a tu lado! Todavía no estás solo.

—Buenas noches —dice el otro preso dándose la vuelta para verte—. ¿O es la tarde?

—A decir verdad, no lo sé. No sirvo para calcular el tiempo.

—No te preocupes, aquí encerrado empeorarás. A propósito, me llamo Thomas Paine.

Estás azorado.

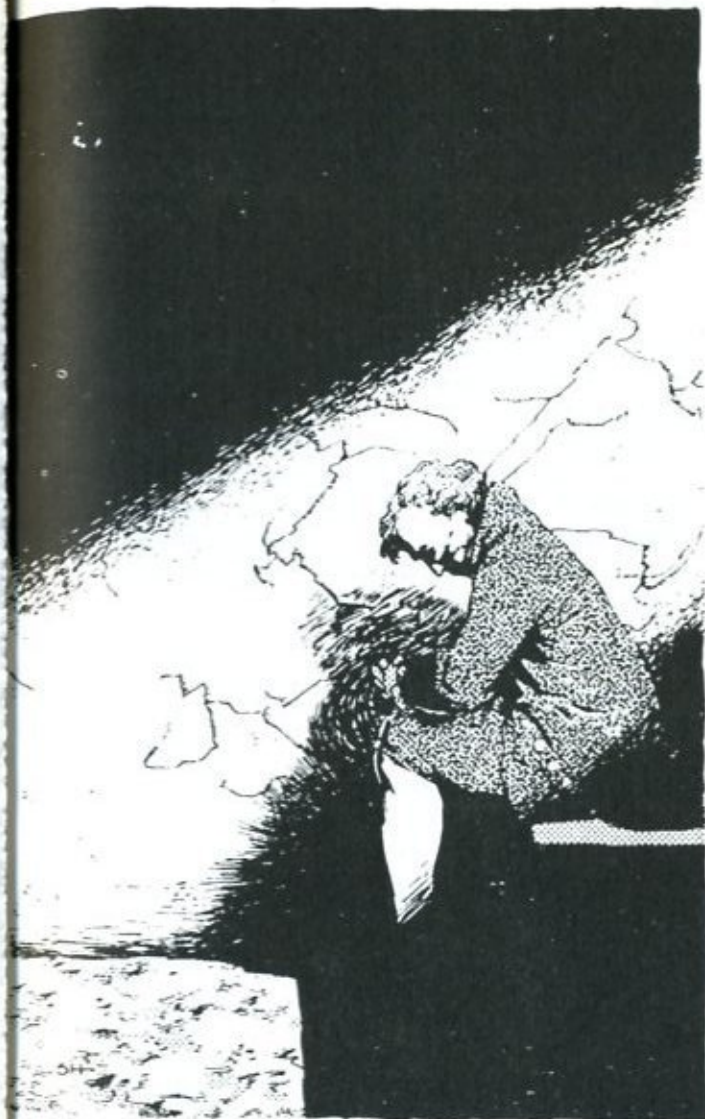
—¡El revolucionario norteamericano! ¡El autor de *El sentido común* y de *Los derechos del hombre*! ¿Qué hace en Francia?

Paine apoya los pies en el suelo, se incorpora y suspira pensativo.

—Vine a esta maldita tierra pletórico de esperanza. Después de que la revolución triunfara en las colonias, pensé que el hombre europeo podría elevarse también por encima de las injustas instituciones del pasado, que el espíritu de la libertad cruzaría el océano e impregnaría todos los corazones. Pero en esta tierra a la revolución le ha ocurrido algo terrible. Cuando sugerí que se podía salvar al rey Luis de la hoja de la guillotina, que el Estado podía ser compasivo limitándose a desterrarlo, sólo logré enfurecer a Robespierre. Yo, el defensor de la libertad, fui encarcelado por mis ideas.

—Ese Robespierre... Todos parecen temerle —comentas.

—Y con sobrada razón. Ese hombre es un demonio, un monstruo absoluto. Aunque admito que es leal a su sangrienta causa. Esto es lo que lo vuelve tan peligroso —Paine bosteza—. Bueno, aquí hay otro camastro. Ponte cómodo. En la cárcel descubrirás



que cierta libertad abunda... ¡la libertad de dormir!

—Descanse tranquilo —dices sentándote en el otro camastro—. Sé que aprovecharé al máximo la situación en la que me encuentro.

Un rato después Thomas Paine duerme a pierna suelta, mientras tú te devanas los sesos. ¡Si hubieras traído un pañuelo rojo, tal vez uno de los hombres que te «arrestaron» te habría ayudado! Sea como fuere, probablemente ahora estarías mejor si lo tuvieras.

Esos pañuelos tienen que salir de alguna parte, piensas. Tal vez puedas averiguar quién los fabrica y dónde. O, en lugar de armar tanto jaleo, puedes «tomar prestado» un pañuelo. De cualquier manera, consumirte en la cárcel no te permitirá acercarte al collar.



**Acudes al lugar donde fabrican los pañuelos.
Pasa a la página 22.**



**«Tomas prestado» un pañuelo.
Pasa a la página 5.**

P

ARECE ridículo. ¡Has llegado a la mansión de la condesa de La Motte en 1784 y te has materializado en el torso vacío de una armadura decorativa que, por casualidad, está junto a una de las paredes de su dormitorio! A través del enrejado de la placa del techo divisas a la condesa, sentada ante su mesa de maquillaje, y a las doncellas, reunidas a su alrededor. Si te mueves o haces el menor ruido, te descubrirán.

—Y entonces el cardenal me invitó a ir con él a Roma —dice la condesa.

Sus doncellas ríen nerviosas.

—¡Es tan apuesto! —comenta una.

—¡Y tan magnánimo! —interviene otra.

—Esperad un momento —dice la condesa. Súbitamente su expresión se torna seria y preocupada, al mismo tiempo que se acerca al espejo—. ¿Es esto una nueva arruga?

—¡No, claro que no! —afirma la segunda doncella.

—¡Imposible! —añade una tercera.

¡Vaya, vaya! Una de esas mujeres podría ser la madre de Emma. Parece que tendrás que prestar atención a sus chismorreos hasta conseguir una pista.

Abrigas la esperanza de que pronto ocurra algo. El aire está muy cargado y el sudor rueda por tu cara en gruesas gotas.

De repente llaman a la puerta.

—¡La guardia real! —resuena desde el pasillo una voz con tono oficial—. ¿Está aquí la condesa de La Motte?

La condesa permanece inmóvil. Las doncellas jadean y retroceden. Parecen sentir terror de estar cerca de ella. Todas se apartan, casi al mismo tiempo, de la mesa de maquillaje.

La condesa las mira horripilada.

—¡Madame! ¿Está usted aquí? —inquire con impaciencia la voz oficial.

La condesa se recobra y grita dirigiéndose a la puerta:

—¡En seguida salgo!

Se incorpora orgullosa, toma una capa y se la pone sobre los hombros. Abre la puerta y pasa delante de los soldados con la cabeza muy alta.

Los soldados la siguen como corderitos.

Las asombradas doncellas se miran entre sí durante algunos minutos. Cuando el portazo amortiguado y lejano de las puertas de la entrada señala que la condesa ya no está en la mansión, una de ellas pregunta:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Todas hablan al mismo tiempo. Se levantan los bordes de sus vestidos, atraviesan corriendo la puerta y salen al pasillo.

¡Tienes la posibilidad de buscar el collar!

Pero antes tendrás que salir de la armadura. Tanteas en torno a tu prisión y encuentras una palanca. La haces girar.

¡Has girado en exceso y con mucha fuerza la palanca, y la armadura se inclina!

¡La armadura cae...!

Choca estrepitosamente contra el suelo. Como el golpe te deja atontado, tardas unos segundos en darte cuenta de que las dos partes de la placa del techo se han abierto y estás libre.

Las doncellas corren por el pasillo hacia ti. A juzgar por el sonido de sus voces, algunos hombres se han unido a ellas. ¡Ha llegado el momento de largarte de allí!

Corres hacia el ventanal abierto, apartas las cortinas y sales al balcón. Miras a tu alrededor. La luna llena infunde un brillo plateado a los jardines de la mansión, un brillo tan potente que sólo tardas unos segundos en comprobar que no hay camino a la vera del balcón.

Se te ocurren dos salidas. Si franqueas la barrera del tiempo y vas al lugar donde fue arrestado el cardenal De Rohan, tal vez puedas preguntarle por el collar. También puedes tratar de contactar con la condesa en el futuro, cuando tenga más tiempo para hablar del lío en el que ahora está metida.

¡Estás en un aprieto! Los criados han descubierto la armadura caída y un hombre registra el terreno, gritando a voz en cuello.

Las cortinas comienzan a abrirse. ¡Tienes que decidir de inmediato si vas a ver al cardenal o a la condesa!

¡Franqueas la barrera del tiempo!



**Vas a ver al cardenal.
Pasa a la página 33.**



**Vas a ver a la condesa.
Pasa a la página 44.**

SIGUES en París en

mayo de 1794, pero en un barrio totalmente distinto. Es más sucio. El aire está impregnado de hollín. Sientes infinidad de olores desagradables.

¿Cómo es posible que alguien soporte trabajar en este barrio de París? *Supongo que no tienen otra opción* —piensas. La gente no sólo trabaja en este lugar, sino que vive en él. Más allá del atestado laberinto de fábricas y talleres donde se explota a los obreros, aparecen hileras y más hileras de tugurios... A decir verdad, son como polvorines gigantes. No haría falta un gran esfuerzo para desencadenar un ardiente holocausto. Bastarían uno o dos fósforos perdidos. Piensas que si pudieras derribar una morada, las que la rodean caerían como pila de fichas de dominó.

Con el pueblo apiñado y en esas condiciones de vida y de trabajo, no es extraño que los tugurios fueran semillero de una enfurecida y desesperada efervescencia revolucionaria.

Te asomas por la puerta más cercana. ¡Has tenido suerte, pues se trata de un taller de confección!

En una esquina un grupo de artesanos cosen elegantes prendas de vestir. De todas maneras, la mayor parte de la fábrica está ocupada por largas filas de mujeres que trabajan ante enormes telares o que cosen junto a unas mesas. Todos, incluidos los artesanos, parecen aburridos y cansados.



En la esquina más próxima a la puerta está el capataz, sentado ante una mesa, cosiendo tranquilamente a mano los bordes de una docena de pañuelos rojos. ¡Debe de ser un revolucionario!

Atraviesas la puerta y te presentas ante el capataz. El hombre sonríe y, con un ademán, interrumpe tu exposición.

—¡Espera un momento! Adivino lo que estás pensando. Necesitas un pañuelo, ¿no?

—Exactamente. ¿Cómo lo sabe?

Como quien no quiere la cosa, hace una bola con un pañuelo y te lo arroja. Alcanzas con una mano la tela, que al volar se ha desplegado.

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué. Como dueño de este cuchitril dono los materiales y mi tiempo a la causa. A pesar de los problemas que tenemos, el espíritu revolucionario creará una Francia nueva y mejor. ¡No puede decirse que la Constitución, que concede al hombre sus derechos naturales, haya mejorado mucho las condiciones aquí!

—¿Las mejorará con el tiempo? —inquieres.

—Es posible, pero no quiero hacerme demasiadas ilusiones. ¡De todas maneras, la ilusión es lo último que se pierde!

Te despides del capataz y te vas. Ahora puedes regresar y «demostrarle» al joyero y a los dos revolucionarios que eres un amigo del pueblo.



Pasa a la página 1.



El Comité de Vigilancia escolta a Emma Berthier por entre los tugurios parisinos, conduciéndola a su audiencia obligada con el temible alma del Terror: Robespierre.

Corres tras ellos y tomas a Emma del brazo.

—¡Un momento, espere! ¡Me gustaría acompañarla!

Emma te mira a los ojos y sonríe con valentía.

—Mi querido amigo, ¿estás seguro de lo que quieres hacer? ¿Acaso crees que alguien que haya tenido una audiencia con Robespierre vivió para contarlo?

—¿Los inocentes? —inquieres a modo de respuesta.

—No necesariamente —añade Emma encogiéndose de hombros—. Pero si quieres puedes acompañarme —se vuelve hacia uno de los miembros del Comité y pregunta—: ¿Alguna objeción?

—Lo que está en juego es el cuello del joven, no el mío —responde el hombre, pero se frota nerviosamente el cuello, como si tuviera la costumbre de hacerlo.

Los miembros del Comité os escoltan hasta un barrio de clase media alta. En el número 38 de la Rue Saint-Honoré, descendéis por la calzada que conduce a una magnífica mansión. A ambos lados se extienden bellos jardines.

–Robespierre debe ser muy rico –comentas.

–No permitas que este lujo te confunda –aconseja Emma–. Robespierre sólo está aquí como invitado. La casa y los jardines pertenecen a uno de sus admiradores, que amablemente le ha proporcionado alojamiento.

–¿Donde vivía antes Robespierre? –quieres saber.

–En un cuchitril, sin lugar a dudas –dice Emma–. Sólo vive para sus ideales. Corre el rumor de que todo lo demás no le importa, ni siquiera la comida o la compañía de los amigos. No subestimes la sinceridad de Robespierre. Cree sinceramente en la revolución.

–¡Un hombre virtuoso! –exclama el jefe del Comité llamando ruidosamente a la puerta principal.

Poco después el Comité os entrega a un mayordomo de actitud indiferente, que os conduce por un pasillo largo y vacío hacia un par de altas puertas cerradas. El Comité os sigue. Esperas que sus servicios no sean solicitados nuevamente.

El mayordomo abre las puertas sin llamar. Ves una larga mesa de reuniones y, en el extremo, a un hombre alto, de peluca empolvada, que te da la espalda. Su cabeza está hundida entre sus delgados hombros, como si se sintiera muy agobiado.

El mayordomo carraspea.

–Georges, puedes retirarte –dice Robespierre sin miraros, mientras se acerca a la chimenea y mueve los leños con el atizador. Brillantes chispas rojas se alzan por el cañón de la chimenea–. Hace frío para ser mayo en París, ¿verdad? –pregunta distraído, con la mirada fija en los leños.

–Para algunos, quizá, pero para otros no –responde Emma gélidamente.

Robespierre se vuelve y os mira. Es un hombre

delgado para su altura, elegante, con gafas de montura de alambre, que ponen aún más de relieve su inflexible mirada. Vuelve a colocar el atizador en el soporte y sonríe ligeramente.

–Mademoiselle Berthier, es un placer conocer por fin a alguien que ha hecho tanto por la raza humana –dice a Emma.

–He hecho muy poco –responde Emma formalmente–. ¡Es tanto lo que queda por hacer...!

–Es verdad. ¿Quiere decir quién es su joven y, sin duda, valiente amigo?

Te presentas y añades:

–Espero poder servirlos de ayuda durante la entrevista.

–No lo creo, pero estas cosas nunca se saben de antemano –responde Robespierre–. Jovencito, tal vez lo que esperas es serte útil a ti mismo en tu propósito de apoderarte del maldito collar de la condesa de La Motte.

Quedas pasmado.

–¿Cómo... cómo lo sabe? –logras preguntar.

Robespierre sonríe con actitud de superioridad.

–Mi deber es saberlo todo. La información me fue transmitida por un joyero que ha tenido que hacer malabarismos para sobrevivir. Describió tu persona y tu misión con toda exactitud –señala las sillas que rodean la mesa–. Por favor, tomad asiento –Emma y tú obedecéis. Robespierre prosigue–: Poneos cómodos –su tono se propone ejercer el efecto contrario.

El interrogatorio está a punto de comenzar.

–Mademoiselle Berthier, en numerosas ocasiones mis espías me han informado que quizá usted sepa en poder de quién está actualmente el collar... Incluso que podría tratarse de un miembro de su familia.



La República necesita urgentemente el collar por razones económicas.

Emma te mira antes de responder. Antes te mintió o, al menos, se guardó una parte de la verdad. Pero no puedes culparla por ello.

—Ignoraba que el botín de la codicia fuera tan importante para Francia —responde a Robespierre.

El alma del Terror se sobresalta, pero en seguida recupera la compostura.

—Soy yo quien ha de decidir lo que es importante para la República.

—¿Acaso es usted la voz del pueblo? —inquieres. Robespierre te mira furioso.

—Jovencito, cuidado con esa lengua, pues podrías perderla... lo mismo que la cabeza —vuelve a concentrarse en Emma, sin aguardar tu respuesta—. Es verdad, la carga de hablar en nombre del pueblo ha recaído en mí. Nuestra hermosa tierra debe ser purgada de traidores y sinvergüenzas, para que pueda dar a luz a una nueva raza humana. Francia posee ejércitos que necesitan urgentemente provisiones y municiones. Sólo por ese motivo la venta del collar puede ejercer una enorme influencia en el sino de nuestras guerras. Mademoiselle Berthier... Emma... —Robespierre se acerca a la muchacha—: ¿No valdría la pena que diera su vida para ayudar al pueblo francés?

Emma palidece. Le cuesta responder:

—Cr...creo que uno de mis tres tíos tiene el collar. Al menos lo tuvo durante un tiempo. No sé qué tío lo tiene ni lo que hizo con él... ¡Si es que hizo algo! Señor, todos mis tíos son patriotas!

—Eso está por verse —afirma Robespierre severamente—. ¿Cómo se llamaba su madre?

—Brigitte Berthier.

—¿Por qué no sabe cuál de sus tíos tenía el collar?

—Mi madre nunca me lo dijo. Aseguró que había hecho un juramento.

Robespierre se mofa.

—Una historia verosímil, de las que ya he oído demasiadas. Cada vez el desdichado final ha sido el mismo.

—Mi madre robó el collar la noche que fue arrestada la condesa —susurra Emma—. De hecho, en el momento del arresto mi madre estaba en un balcón al otro lado de la mansión, arrojándole el collar a uno de mis tíos que se encontraba debajo, en el jardín. Es todo lo que puedo decirle.

Contienes una expresión de sorpresa. ¡Acudir directamente al escenario del arresto de la condesa había sido un error, un callejón sin salida! Si quieres averiguar qué tío se quedó con el collar, tendrás que estar simultáneamente en otro lado.

Robespierre aparta la silla y, ensimismado, fija la vista en la mesa vacía.

Finalmente asiente y dice:

—Emma, es una información interesante, pero a estas alturas está fuera de lugar. Evidentemente el pueblo francés tendrá que aguardar a que usted se harte de la monotonía de la vida en las mazmorras.

—¡Por favor, señor le he dicho... todo lo que sé! ¡Lo juro!

—Y si el pueblo tiene que esperar demasiado... —Robespierre concluye la frase imitando con el dedo índice la caída de la cuchilla de la guillotina. Aunque físicamente se trata de un ademán moderado, su significado es inequívoco.

Robespierre arquea las cejas, a la espera de la reacción de Emma.

Emma es capaz de resistir durante más de un minuto la penetrante mirada de Robespierre. Te-mes moverte y no pronuncias palabra. Una sola palabra podría influir en el resultado de ese contraste de voluntades.

Sorprendentemente Emma se echa a llorar. Se tapa la cara con las manos y solloza sin poder contenerse.

—¡Señor, quiero expresar mi protesta! —exclamas indignado—. Ella no ha hecho nada.

—¡Hasta el hecho de no hacer nada puede ser un delito contra la República Francesa! —responde Robespierre—. ¡Jovencito, en vista de tus comentarios, no tengo más opción que sospechar que eres un enemigo del pueblo!

Da unas palmadas y los miembros del Comité, que seguramente aguardaban su señal al otro lado de la puerta, entran en la sala. Se acercan a ti antes de que Robespierre te señale con su largo dedo y ordene:

—¡Arrestad al traidor!

Ha llegado el momento de esfumarte. Antes de que los hombres te apresen, corres por la estancia hacia un par de puertas, las abres y entras de prisa, cerrándolas enérgicamente. ¡Te das de narices contra una pared!

Los hombres rien afuera.

—¡El jovencito se ha metido en un armario! —exclama uno de ellos.

—Que el pequeño traidor se achicharre un rato en su interior —dice Robespierre, al que la situación no le hace gracia.

—Ya he esperado lo suficiente —protesta otro hombre, aparentemente el mismo que tira del pomo de la puerta.

¡Debes franquear rápidamente la barrera del tiempo! Tendrás que dejar a Emma en manos de esos rufianes... Ahora su vida depende de que corones con éxito tu misión.

Al menos, tienes un consuelo. ¡Robespierre se llevará una buena sorpresa cuando sus hombres abran la puerta del armario!



Pasa a la página 53.

E

El 15 de agosto de 1785, día en el que la Iglesia Católica celebra la fiesta de la Asunción, conmemorando el aniversario del ascenso de la Virgen María al cielo.

En las calles el pueblo celebra la fiesta con hogazas de pan y con cientos de botellas de vino tinto, aunque los ricos y los nobles llegan en carroza a la cercana catedral. Ésta, que se levanta por encima de las viviendas residenciales cercanas, es una clara prueba de las extraordinarias riquezas eclesiásticas. Las inmensas piedras que forman las paredes son originales y han sido talladas hasta en su detalle más nimio. Los vitrales resplandecen a la luz del sol, incluso desde lejos. Floridas gárgolas adornan los bordes del tejado.

El cardenal tiene que estar en el interior de la catedral. Mientras caminas ágilmente hacia el templo, te preguntas cómo te las ingeniarás para estar presente cuando lo arresten. Con un poco de suerte, dirá algo sobre el collar que te ayudará en tu misión.

De repente un pelotón de soldados se aparta de la hilera de aristócratas que van llegando y marcha hacia un lado de la catedral.

Esto parece interesante —piensas mientras corres delante del pelotón, encaminándote hacia una puerta en la que diversos representantes de la iglesia —vestidos todos con sus ropajes más finos y lujosos— hablan entre sí.

Aminoras el paso y te detienes delante de un joven cura.

—Si me permite, padre, me gustaría hablar con el cardenal De Rohan. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

El cura te sonríe cordialmente.

—Ya está en el interior, preparándose para el oficio. Lamento decirte que con el cardenal no puede hablar cualquiera. Yo mismo aún no he conseguido semejante privilegio.

—Se trata de... bueno, de un asunto vital, referente a un costoso collar que compró recientemente.

—Ah, si se trata de su faceta terrenal, estoy seguro de que le interesará hablar contigo —el cura te muestra la puerta—. Pasa, amigo mío.

—¡Muchas gracias! —giras sin mirar a dónde vas y tropiezas con el último soldado del pelotón.

—¡Fuera de aquí, jovencito! —protesta el soldado, empujándote bruscamente a un lado.

El resto del pelotón atraviesa la puerta seria y decididamente. El cardenal está a punto de ser arrestado y la escandalosa controversia a punto de estallar.

Has llegado unos minutos tarde para hablar con el cardenal. Pero, al pasar junto a unos pocos y curiosos representantes eclesiásticos que espían a través de la puerta, compruebas que no es demasiado tarde para averiguar algunas cosas.

En el interior de la iglesia el pelotón rodea a un sacerdote de edad madura ataviado con unos deslumbrantes ropajes blancos. Su rostro está rojo de indignación.

—¿Qué ocurre? —inquieta con voz ronca—. ¿Qué pasa aquí?

—Vuestra Eminencia, quiero presentaros mis disculpas —dice el oficial que encabeza el pelotón—, pero hemos recibido la orden de arrestaros.



-¿Que yo he cometido un error? -brama el cardenal-. ¡Eso no es posible!

-Lo es -añade el oficial con serenidad. Ordena a sus hombres-: ¡Prendedlo!

Los representantes de la Iglesia hablan nerviosamente.

-El cardenal pasará mucho tiempo en el exilio -comenta uno-. ¿Quién lo sustituirá?

-Yo -comenta otro.

-No, yo -dice un tercero.

La difícil situación del cardenal ya ha sido olvidada... al menos de momento.

Permaneces dentro de la iglesia sin que nadie repare en ti, intentando decidir qué harás a continuación. Puedes verte con el cardenal dentro de unos años, en el futuro, mientras permanece en el exilio. También puedes tratar de hablar con la condesa de La Motte, después de que haya sido arrestada por la guardia real. O correr el riesgo de enfrentarte a Robespierre junto a Emma, con la esperanza de obtener más información.

¡Elige de prisa, porque aquí no aprenderás nada más!



Vas a ver al cardenal.
Pasa a la página 60.



Vas a ver a la condesa.
Pasa a la página 44.



Vas a ver a Emma y a Robespierre.
Pasa a la página 25.



LEGAS al jardín de la mansión de la condesa de La Motte la noche de su arresto, en 1784.

Gracias a la luz de la luna, ves que alguien se acerca. Corres hacia los arbustos que rodean ese sector de la mansión y te agazapas. Esperas que no te vea el hombre que desciende por el sendero hacia el balcón.

Lamentablemente, casi no puedes verlo. Aunque su rostro está cubierto por las sombras, notas que lleva un pantalón y una camisa sencillos, como si formara parte del pueblo llano.

-¡Brigitte! -llama hacia el balcón.

¡Brigitte! ¡Es el nombre de la madre de Emma! ¡Has llegado justo a tiempo para averiguar cuál de sus hermanos recibió el collar! Mejor dicho, lo averiguarás si consigues ver su rostro.

-¡Brigitte! -insiste-. ¿Tienes el collar?

-¡Silencio! -protesta alguien desde arriba-. Los hombres del rey han llegado y, si perdemos tiempo, estaremos en peligro. ¡Toma, ahí va!

Ves que el hombre toma el collar con ambas manos. Se detiene a mirarlo a la luz de la luna. La joya resplandece. Evidentemente se trata de una alhaja de insuperable belleza.

-Hermano, no olvides que la mitad de lo que obtengas me pertenece -sisea Brigitte.

El hermano ríe y responde:

-¡Ahora que el collar está en mis manos, obtendrás lo que yo quiera!

Brigitte parece contener un grito de frustración. Te preguntas cómo se sentiría si supiera que, algún día, en el futuro, su delito pondrá en peligro la vida de su hija.

¡Qué inoportuno, estás a punto de estornudar!

Ah... ah... ach...

—¡Achis!

—¡Un espía! —gime Brigitte desde el balcón—. ¡Nos han traicionado!

Sales corriendo de tu refugio entre los arbustos y pasas delante del hermano de Brigitte antes de que pueda atraparte. Corres a toda velocidad. Poco después, la mansión desaparece de tu vista.

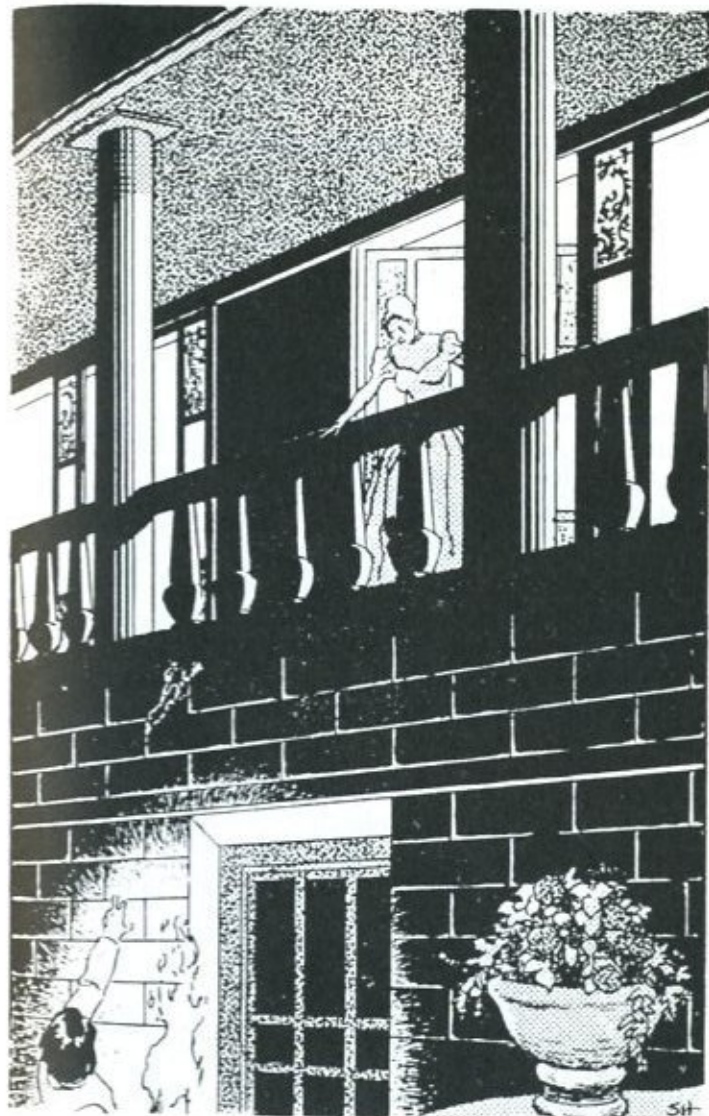
Llegas a una arboleda y te detienes a meditar. Aunque has confirmado el relato de Emma, aún ignoras cómo se llama el tío de la muchacha que estás buscando.

También has comprobado que, de vez en cuando, otras personas se han interesado por el collar. Robespierre comentó que su deber era saberlo todo. Seguramente el Comité de Seguridad Pública tiene mucho personal dedicado a mantener perfectamente informado a Robespierre.

Ha llegado el momento de visitar los archivos y de enterarte de la versión oficial de la historia de la familia de Brigitte. ¡Estás seguro de que entonces dispondrás de unas pistas claras que te conducirán al collar!



Pasa a la página 48.





A

En los finales de 1793 te encuentras en un campo. Estás temblando a causa del ululante viento. Cerca hay unos árboles pelados que se balancean y unos setos espesos. Las hojas se deslizan por la tierra. El eco de los mugidos de una vaca semeja un extraño quejido.

La luz del sol es brillante pero fría, y la tierra está dura como una piedra. Es pleno invierno.

Una mujer vestida de negro permanece de pie ante un túmulo desnudo. No hace el menor movimiento. Te preguntas qué estará haciendo ahí.

—Discúlpeme —dices.

La mujer se da la vuelta. Como casi toda su cara está cubierta por un velo negro, resulta difícil adivinar su edad. Tiene unos hermosos ojos oscuros, que se abren desmesuradamente al verte.

—¡Un niño! —exclama—. ¡No sabía que quedara ningún niño en la aldea de Nantes!

Súbitamente estalla en sollozos, cubriéndose la cara con las manos.

—Lo siento —dices poniéndole delicadamente la mano en el hombro—. ¿He hecho algo malo?

—No, pero tienes que tratar de comprenderlo —responde la mujer en cuanto se recobra—. En este túmulo están enterrados mis dos hijos y también todos los niños de Nantes... ¡Quinientos en total!



—¿Cómo? ¿Es ésta una tumba colectiva? ¿Qué sucedió?

—¡Los mató Carrier..., un revolucionario demente llamado Carrier! Los hombres de nuestro pueblo protestaron contra la política de la Convención Nacional y se rebelaron contra ella. Lucharon y murieron... Robespierre y el Comité de Seguridad Pública enviaron a Carrier para que castigara a Nantes. Luego... luego... —enmudece y mira hacia el cielo.

—No se preocupe. Si no puede, no tiene por qué contármelo.

La mujer solloza, palmeándote tiernamente el hombro, como si viera los rostros de sus hijos reflejados en el tuyo.

—No, quiero contártelo. Carrier llegó a la conclusión de que la población de Nantes se componía exclusivamente de «enemigos de la libertad». Ordenó a su ejército que reuniera a todos los niños en la plaza del pueblo y luego los hizo ejecutar ¡de uno en uno! Mi hijo más joven era tan pequeño que... su cabeza no encajaba en la guillotina.

—Ya he oído bastante —dices débilmente—. No debe contarme nada más.

La mujer esboza una sonrisa.

—Lo siento, joven, pero a veces me resulta difícil vivir con el dolor, con la certeza de que debo seguir adelante, mientras mis pequeños están en manos de Dios —se dirige nuevamente hacia el túmulo. Después de contemplarlo juntos durante unos segundos, ella quiebra nuevamente el silencio—: El verdugo murió de horror después de decapitar a cuatro hermanas. También está enterrado aquí, junto a los cadáveres de todos los que asesinó.

El ululante viento arrecia y el ambiente se torna gélido. Has decidido que ha llegado el momento de

partir cuando súbitamente la mujer señala a una patrulla montada que se aproxima.

—¡Son los soldados de Carrier! —exclama la mujer—. Debes huir antes de que te vean. ¡Han arrestado y ejecutado a todos los niños que se acercan a Nantes! ¡Huye, pequeño!

Pones pies en polvorosa, rumbo a una arboleda que te permitirá franquear la barrera del tiempo sin que te vean. Te vas sin la menor vacilación. Deseas alejarte de este lugar y de ese tiempo tanto como sea posible.



Pasa a la página 68.



E

s una noche oscura y tempestuosa. Los impresionantes relámpagos aparecen y desaparecen sobre el océano turbulento iluminando las nubes negras, que se ciernen como un panteón de dioses malignos. Los truenos resuenan ensordecedores por encima de tu cabeza.

Podrías taparte los oídos, pero mantienes precariamente el equilibrio sobre la orilla rocosa. Una tras otra, las olas rompen furiosas a tu espalda. Bajo tus pies, el agua se cuele entre las piedras y luego retrocede, en una resaca impetuosa y traicionera.

Se supone que estás ahí para reunirte con la condesa de La Motte, pero no la ves por ninguna parte. ¿Qué es ese castillo de aspecto amenazador que se alza a tu espalda?

El resplandor de otro relámpago te permite ver un barco de madera que se mece sin control sobre las olas. Tendrá suerte si no se estrella contra las rocas.

Antes de que puedas preguntarte qué hace ahí ese barco, una muralla de agua cae sobre tu espalda.

elevándote por encima de las rocas. Sales hacia la playa como si fueras una bala de cañón.

Apenas reparas en que alguien te señala desde la orilla.

Ves una inmensidad de arena junto a tu rostro.

Varios minutos después, recuperas el sentido. Estás prácticamente ileso, pero cubierto de arena y de algas. El trueno estalla directamente sobre tu cabeza. Durante un segundo temes que la tierra se abra y te devore.

Luego te parece oír voces.

Un relámpago vuelve a iluminar el paisaje y distingues a cuatro personas en la orilla. Hay un hombre que sostiene una cuerda atada a la proa de un bote salvavidas, que ha sido lanzado desde el barco. Otros dos hombres están sentados en el bote, junto a los remos.

La cuarta persona es una mujer cubierta con una capa. ¡Tiene que ser la condesa de La Motte y está a punto de subir al bote!

—¡Esperad, no os vayáis! —logras decir roncamente. La caída te ha dejado sin aliento—. ¡Debo hablar con vos!

Uno de los hombres baja de un salto del bote, corre por el agua y se desliza sobre la húmeda arena. Se coloca a más altura que tú y te apunta al entrecejo con una pistola de pedernal. Aunque no pronuncia palabra, la situación habla por sí misma.

—Sé lo que piensa, pero no pretendo modificar sus planes —dices de prisa—. Sólo quiero hablar un momento con la señora.

El hombre apunta al aire y se aleja.

—¡Librate de ese imbécil! —le dice a la mujer—. Habla mientras ayuda a mis compañeros con el bote... ¡y luego dile que se esfume!

La mujer se cubre la cabeza con la capucha de la capa y se acerca a ti. Te esfuerzas para ponerte en pie.

—Soy la condesa de La Motte —dice y sus palabras casi se mezclan con un trueno—. Como sin duda habrás adivinado, has interrumpido mi huida de la cárcel en la que he pasado largos años. No dispongo de mucho tiempo. ¿Qué quieres de mí?

—Veréis, soy un aventurero que busca premios a cambio de placer y beneficios —respondes—. Ultimamente me he dedicado a buscar el collar de diamantes que encargó para vos el cardenal.

—Sospeché que ese collar podía tener algo que ver con esto —dice quitándose la capucha. Ves que su piel está muy arrugada y que su pelo ha encanecido. Los años de prisión han ajado la belleza de la condesa—. Muchos me han preguntado por ese collar, por diversos motivos, pero sólo ahora conozco a alguien que se interesa por él por la mera emoción de buscarlo. Por fin he encontrado a alguien que tiene un motivo que me resulta comprensible.

—¿Eso significa que podéis decirme algo?

—Lamentablemente, no. No tengo ni la más remota idea de dónde está. Jamás me han preguntado por el collar. Para mí fue ni más ni menos que el premio de un juego.

—¡De prisa, madame! —grita el hombre que sujeta la cuerda del bote salvavidas—. ¡La furia de la tormenta ha amainado... y tenemos la posibilidad de escapar!

—Veo que debéis iros —dices—. Será mejor que yo también me ponga en camino.

—Cuidate, ¡ovencito...! Espero que tu búsqueda se vea coronada por el éxito.

Ves que la condesa se aleja y que los hombres la

ayudan a subir al bote. Reemprendes el camino de la playa cuando luchan con las olas para llegar al barco.

¡Un momento! ¿Qué es eso?

Parecen ladridos.

Te vuelves y ves una jauría de perros de caza que corren hacia la playa. Varios metros más atrás divisas a un pelotón de soldados a caballo. Aunque han llegado demasiado tarde para detener a la condesa, indudablemente los soldados pueden someterte a un severo interrogatorio si les das la oportunidad de que te atrapen.

¡Tienes que franquear inmediatamente la barrera del tiempo!



Pasa a la página 68.



C

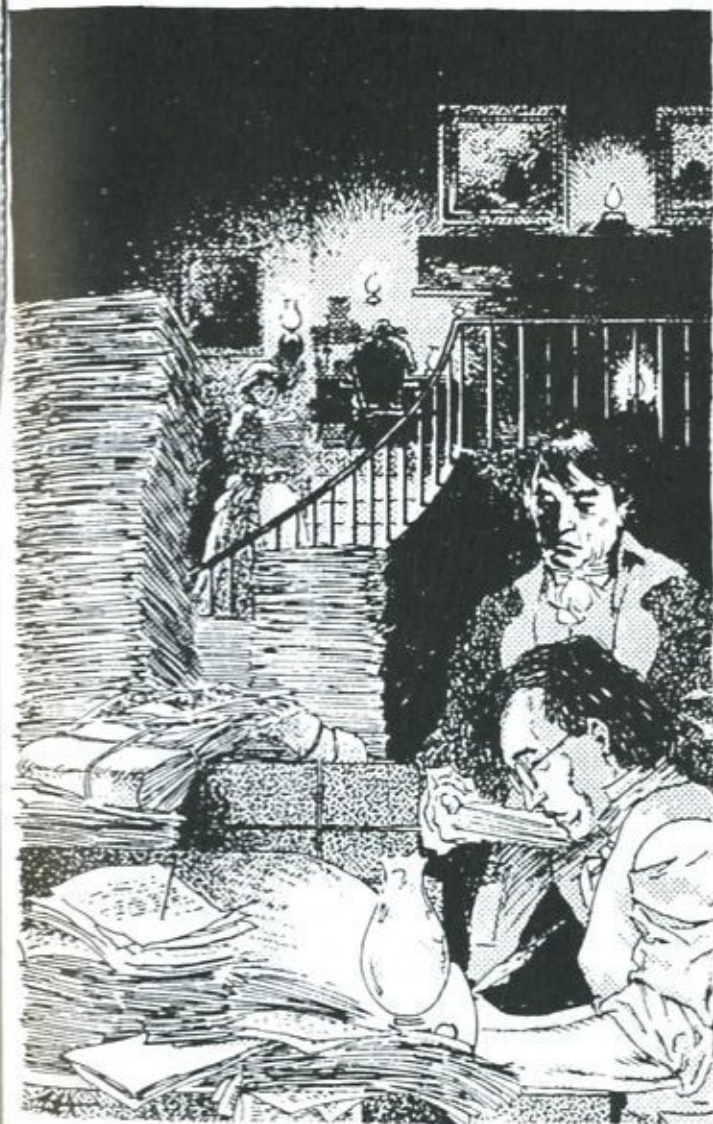
ORRE el mes de mayo de 1794. Estás en París, en el pasillo de la segunda planta de un edificio húmedo y polvoriento.

Te asomas por una puerta abierta y divisas una sala enorme, amueblada con escritorios, armarios y estantes. Por todas partes hay papeles: amontonados en los escritorios, sobresaliendo de todos los cajones abiertos, enormes pilas encima de cada armario, apretados al máximo en cada estante y amontonados en el suelo.

Los hombres sentados ante los escritorios leen a la luz de las lámparas de aceite. Hojean papeles, murmuran para sus adentros y toman notas.

Se trata de una de las salas de archivos del Terror. Allí se conservan abundantes notas sobre cualquier persona que ha sido, es o podría convertirse en «enemigo del pueblo».

Un aplicado joven de gafas aparta súbitamente la vista de su trabajo y te ve. Se sorprende ligeramente, pero se recobra de prisa.



—¿Quién eres? —pregunta—. ¿Cómo lograste pasar la guardia?

—Vengo a cumplir órdenes de Robespierre —respondes con la esperanza de evitar sus preguntas—. Necesita cierta información tan pronto como sea posible.

El hombre se pone en pie e, irritado, arroja las gafas sobre el escritorio.

—¡Dijo lo mismo sobre los últimos cuatro trabajos especiales! ¿Cómo pretende que descubramos a los espías desconocidos si nos mantiene ocupados rastreando a los conocidos? Bueno, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Quince minutos más tarde el joven te entrega orgulloso una pila de carpetas que contienen información sobre Emma Berthier y su familia.

—¿Has visto? —añade—. No hay nadie demasiado oscuro ni delito inocente para el Comité de Seguridad Pública.

Antes de irte, eres pródigo en agradecimientos. Sospechas que el joven se pondrá a tomar notas apenas te largues. Pasillo abajo encuentras un armario para escobas. Te metes en él, cierras la puerta y te sientas en un saliente de la ventana.

La vida de Emma depende del modo como utilices la información de los archivos. Al abrir la primera carpeta, tu mano tiembla. Te serenás y decides leer atentamente ese material.

Según los documentos, la madre de Emma, Brigitte, llevaba varios años al servicio de la condesa en calidad de doncella. El marido de Brigitte había muerto en la guerra y ella había criado sola a su hija.

Cuando las autoridades se dieron cuenta de la desaparición del collar, Brigitte declaró que fue ro-

bado por un hombre vestido con pantalón y camisa, con el estilo que solían tener los miembros del Tercer Estado. Las autoridades sospecharon que quizá Brigitte había tenido algo que ver con la desaparición del collar y en ese momento ésta se esfumó.

Volvió a aparecer algunos años después, cuando el escándalo ya había amainado. Había mejorado su posición social. Contrajo matrimonio con un acaudalado terrateniente de la zona rural del norte de Francia... aunque ahora, en 1794, se ignoraba el paradero de ambos.

Brigitte es sólo una de las personas que pueden saber dónde está el collar. Las restantes posibilidades se refieren a sus tres hermanos.

Según los documentos, dos de los hermanos pertenecen al ejército. El más pequeño, Jean, es el oficial que estuvo al mando del regimiento que protegía la Bastilla el 14 de julio de 1789. Actualmente está en el frente, a la cabeza de un regimiento que combate contra los prusianos.

El hermano que le sigue, Jacques, actualmente ha caído en desgracia, porque fue agregado del general Lafayette, el héroe francés de la Independencia de Estados Unidos. Te enteras de que, al principio, Lafayette fue sólo un partidario moderado de la Revolución Francesa, y que se vio obligado a exiliarse porque ordenó a sus hombres que dispararan contra una multitud que amenazaba con hacer daño al rey Luis XVI.

Jacques está en el exilio con Lafayette. Ambos cumplen condena en una cárcel austríaca por su apoyo, aunque moderado, a la Revolución Francesa, a la que todas las monarquías europeas se oponen enérgicamente.

El hermano con el historial más brillante es el mayor, Víctor. Al parecer, ha sido el más activo políticamente. Después de ser perseguido durante años por sus acreedores, en 1787 se presentó súbitamente como un hombre de fortuna. Se unió al Club Jacobino y se convirtió en un partidario activo de la revolución. En junio de 1789 fue delegado del Tercer Estado, cuando se hizo el Juramento de la Pista de Tenis.

Víctor fue ejecutado en abril, acusado de haber apoyado las ideas de Georges Danton. *Pobre hombre*, piensas. Si decides verlo, lo harás cuando aún está vivo.

Cierras las carpetas. Oyes unos pasos que suenan cada vez más fuertes.

La persona que se acerca habla entre dientes. Te agachas junto a la puerta e intentas entender sus murmullos. Parece decir:

–Trabajo, trabajo y más trabajo. Barrer, barrer y volver a barrer. Eso es todo lo que hago. ¿Crees que la revolución me recompensará? ¡Pues no!

¡Es el encargado y está a punto de abrir la puerta! ¡Gira el picaporte!

Tienes que decidir en pocos segundos a quién quieres ver. Brigitte parece la persona más adecuada. Sólo ella puede decirte quién recibió finalmente el collar.

¡Franqueas la barrera del tiempo!



Vas al campo a ver a Brigitte.
Pasa a la página 64.



STÁS en los jardines de las Tullerías, junto al palacio donde se aloja la familia real. El palacio es tan grande que podría albergar un batallón. Los jardines están limpios y bien cuidados. Los adornos florales son primorosos.

Te das cuenta de que no sabes qué año corre. De momento te alegras de haber escapado del armario del despacho de Robespierre. Por ahora Emma está a salvo. De todos modos, puedes presentarte ante Robespierre un día después... en cuanto hayas encontrado el collar.

De todas maneras, el hecho de que la vida de Emma dependa de ti te agobia profundamente. Tendrás que decidir en qué dirección franqueas la barrera del tiempo, si vas al pasado o al futuro.

De pronto un caballo bufa a tu espalda. Los cascos golpean los adoquines, las ruedas crujen y se oye el chasquido de un látigo. Te vuelves para ver lo que se acerca y miras al sol. Intentas protegerte los ojos, que tardan... tardan demasiado en adaptarse a la luz.

—¡Apártate de mi camino! —grita una mujer con tono autoritario desde la carroza.

En lugar de viajar hacia el pasado o hacia el futuro saltas en medio de un macizo de flores.

—¡Ay! —chillas, pues has caído en un rosál.

Te quedas quieto unos instantes procurando orientarte. Un movimiento brusco podría producirte arañazos con las espinas.

Quienquiera que sea, la mujer de la carroza hace que el caballo se detenga. Baja de prisa, corre hacia ti y te ayuda a incorporarte.

Ahora que la ves, te das cuenta de que es una aristócrata. Lleva un vestido exquisito, peluca, y en su cuello titilan los diamantes. Su rostro está totalmente cubierto de polvo blanco.

—Jovencito, ¿estás bien? —pregunta preocupada.

—Estoy bien —te apresuras a responder.

—Lo siento. No pretendía atropellarte. Pareció que surgías de la nada.

—No os preocupéis. ¿Siempre jugáis a las carreras por los jardines.

La aristócrata frunce el ceño.

—Siempre no, sólo cuando me aburro.

Te apartas de la dama, mientras un grupo de doncellas y criados doblan la esquina corriendo hacia vosotros.

—¡Madame! ¡Madame! —exclama el mayordomo que encabeza el grupo—. ¡Vimos lo que pasó! ¿Estáis herida? ¿Este mocoso os ha hecho daño?

La mujer se interpone entre el mayordomo y tú.

—Este joven no es responsable en absoluto. La culpa es mía —mientras el mayordomo se muestra sumiso, la mujer sonríe y añade—: ¡Pero debo reconocer que conduzco bastante bien para ser madre de cuatro hijos!

Un noble con unos cuantos kilos de más, ataviado con diversas capas de sedas de colores, se abre paso en medio del grupo.

—¡Reina mía! ¡Reina mía! —exclama—. Vi el accidente. ¿Estás bien?

De pronto comprendes que estuviste a punto de ser atropellado por María Antonieta, la reina de Francia. ¡Y ese hombre no es ni más ni menos que Luis XVI, el rey de Francia!

—Estoy bien, esposo mío —responde la reina—. Deberíamos preocuparnos por el mozuelo. ¿Por qué no lo invitamos a compartir nuestro banquete para enmendar lo ocurrido hasta donde sea posible?

Luis se muestra muy sorprendido por la propuesta, pero responde:

—Naturalmente, esposa mía, si eso te da placer.

¡Lógicamente aceptas la invitación! En el banquete habrá otros invitados y tal vez puedas averiguar qué año corre.

Mientras sigues a los monarcas hacia una zona al otro lado del palacio, la reina dice:

—Esposo mío, me alegro de que me hayas concedido este deseo.

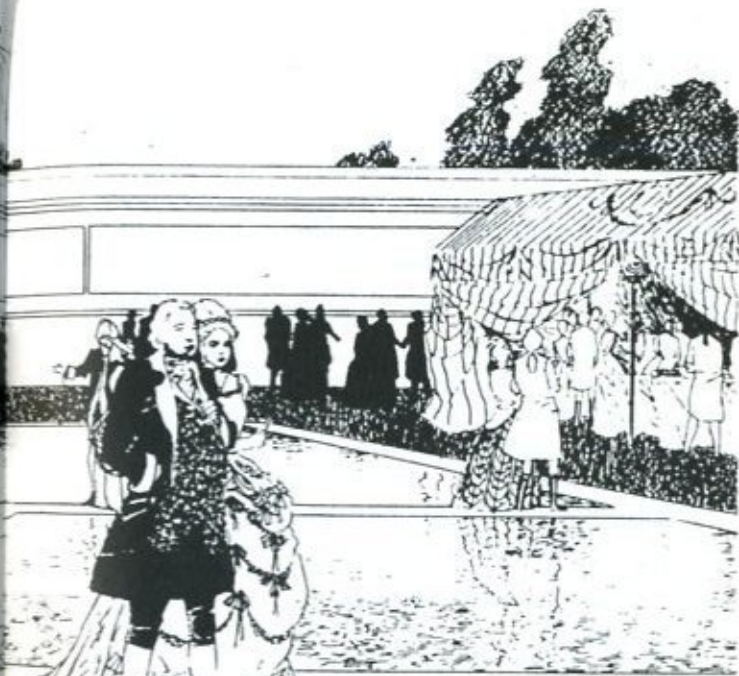
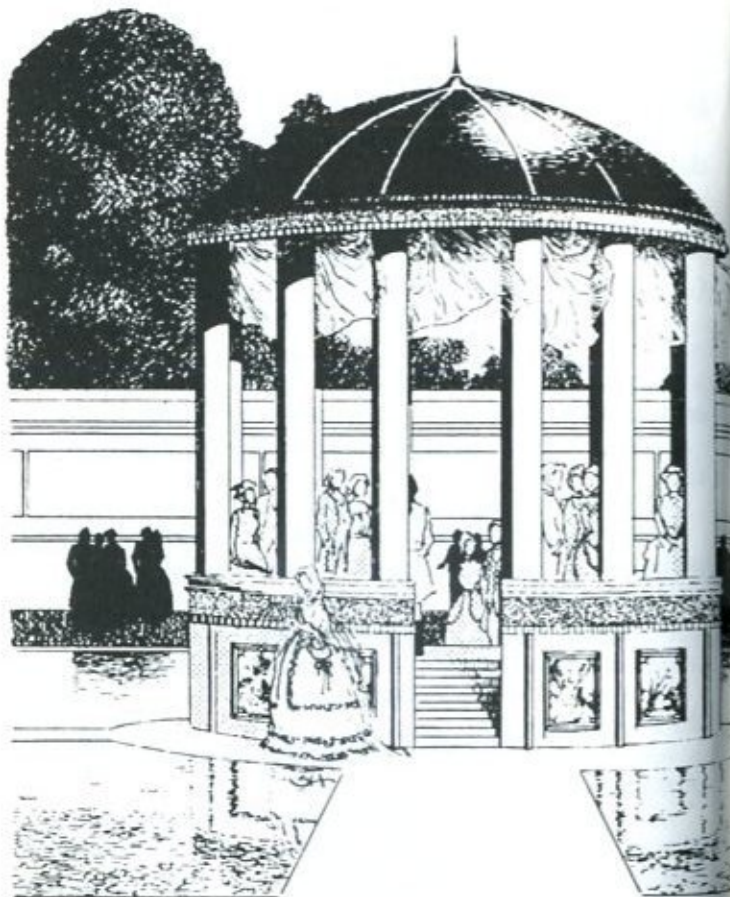
—Nunca dejo de hacerlo si está dentro de mis posibilidades.

—Por supuesto. Si hubiera más miembros del pueblo llano que supieran lo mucho que te preocupas por ellos, y que lo que realmente te interesa es su bienestar, así como el del reino, estoy segura de que entonces nuestros problemas tocarían a su fin.

El rey suspira cansino.

—Quizá, quizá, pero es difícil saber qué es lo correcto y hacerlo.

Tus escoltas y tú llegáis a un jardín muy cuidado, donde un grupo de nobles saborean un banquete de



pastas y bebidas, escuchando un cuarteto de cuerda que toca en las cercanías.

—Siéntate allí, al otro lado del estanque. Me gustaría hablar un momento contigo —te dice la reina en voz baja.

Intentas no llamar la atención cuando te sientas a escuchar al cuarteto, pero es difícil. Los nobles no dejan de mirarte y de murmurar. Lamentablemente los pocos fragmentos de conversación que oyes no te permiten averiguar en qué año estás. De todos modos, algo que dijo la reina sigue asaltando tu mente. Meditas cada una de sus palabras.

Poco después, la reina se aparta del rey Luis y te hace señas para que te acerques.

—Tu acento ha llamado mi atención —comenta—. ¿De dónde eres? Ah, claro, de las colonias americanas.

María Antonieta te observa con frialdad.

—Tendría que haberlo adivinado. Mi magnánimo esposo se sintió muy satisfecho de apoyar vuestra causa de la Independencia, pero debo añadir que teme que algunos miembros del populacho hayan tomado demasiado en serio las ideas de los patriotas de tu tierra —súbitamente la reina parece perder interés por ti—. Niño, debo regresar con mis invitados —añade mientras se aleja—. Tal vez volvamos a encontrarnos.

—Sí, es posible —respondes seriamente.

Al margen del año que corra, sólo pasará un poco de tiempo antes de que María Antonieta y sus aristocráticas amistades afronten una muerte segura a manos del nuevo régimen.

La pregunta es: ¿cuánto tiempo?

Simulando indiferencia, caminas hasta una zona aislada del jardín, donde nadie puede verte. Ya

tienes pistas suficientes para saber en qué dirección debes franquear la barrera del tiempo.

¿Te diriges al pasado o al futuro?



Vas al futuro.
Pasa a la página 40.



Vas al pasado.
Pasa a la página 37.



LL

LEGAS a la apacible campiña francesa. A tu lado, los pájaros pían y las abejas zumban sobre un manchón de flores silvestres. En la lejana colina se alza un monasterio abrazado por el sol.

Todo está sereno y en paz. Es muy difícil aceptar que en otra parte algunos franceses esperan su turno para enfrentarse a la guillotina.

Caminas hacia el monasterio. Tal vez alguien pueda decirte dónde encontrar al cardenal De Rohan. Al acercarte a la puerta del monasterio, encuentras a un monje de edad madura. Viste una túnica sencilla y basta, totalmente distinta a las finas galas que los representantes de la Iglesia lucían en París en la fiesta de la Asunción. En conjunto, la Iglesia Católica de Francia puede ser extraordinariamente rica, pero este monje y su monasterio parecen pobres y humildes.

—Buenos días, viajero —dice el monje—. ¿Buscas un santuario... o algo de comer?

—Buenos días, padre. A decir verdad, mi objetivo principal es hablar con alguien que tal vez vive aquí. Me refiero al cardenal De Rohan.



El monje se detiene y tú lo imitas.

—Yo soy el cardenal De Rohan —afirma. Parece bastante menos amable que al principio—. ¿En qué puedo servirte?

Te sientes muy incómodo. ¡No lo reconociste! En París el cardenal era caprichoso y arrogante y aquí es frugal y amable. Intentas darle una explicación, pero sólo consigues tartamudear.

—No tienes que darme ninguna explicación —añade el cardenal y sus ojos se iluminan—. Sé algunas cosas sobre el lado bueno y el lado malo de la naturaleza humana. Veo que tu corazón es bondadoso y que no pretendes mal alguno.

—Ah, sí, pero... Bueno, verás, es usted muy distinto al que vi en París. Ha cambiado.

—¡Ya lo creo! Aquí, en el campo, lejos de las tentaciones de la antigua y sórdida vida que antaño conocí, he vuelto a experimentar la paz interior que sólo Dios puede proporcionar. En lugar de perder los días en el libertinaje, me consagro a Dios y a las necesidades de los seres humanos. Dime, mi joven amigo, ¿qué quieres saber?

Estás a punto de hablar, pero comprendes que no tiene sentido preguntarle al cardenal qué pasó con el collar. Aunque supiera quién lo tenía cuando fue arrestado en la fiesta de la Asunción, carece de información posterior, porque ahora esas cosas no significan nada para él.

—Olvidelo —respondes—. Estoy famélico. Y en realidad se trata de algo que no tiene la menor importancia.

—Debo decir que no comprendo por qué te apartas tanto de la civilización y luego renuncias a tu misión. De todos modos, serás bien venido a nuestra humilde mesa —añade el cardenal, que te pone

la mano en el hombro y te acompaña hacia la puerta.

Tomas una frugal comida a base de pan y de caldo de verdura y sostienes una amena conversación con el cardenal y otros monjes. A pesar de todo, no estás más cerca del collar que cuando llegaste. La visita al cardenal en el destierro ha resultado un callejón sin salida.

¿Qué harás ahora? ¿Intentarás averiguar el paradero actual de la condesa, para saber si tiene información sobre el collar? ¿O prefieres acompañar a Emma durante su encuentro con Robespierre?



**Buscas a la condesa.
Pasa a la página 44.**



**Vas a ver a Robespierre
en compañía de Emma.
Pasa a la página 25.**



CORRE el año 1789. Te encuentras entre dos sórdidos edificios de piedra de una aldea rural. Desde tu posición divisas la plaza principal del pueblo. Tras ésta hay un peñasco y en lo alto una mansión desde la que se ve toda la aldea.

En la plaza se ha reunido un grupo de campesinos harapientos y desesperados. Algunos llevan horcas y porras. Parecen discutir entre sí acaloradamente. No entiendes lo que dicen.

Brigitte Berthier vive en la aldea. Está casada con un acaudalado terrateniente, el barón Claude Jarre. Caminas hacia la gente reunida en la plaza, con el propósito de averiguar dónde vive el barón.

¿Y esos ruidos? Te detienes unos segundos y miras a la izquierda de la mansión, hacia un serpenteante camino de tierra que sube por la colina. Una nube de polvo se eleva en medio de la brisa.

Te asombra ver una nube de polvo, pero sigues tu camino. ¿Qué significa?

Encuentras una respuesta a tu pregunta al oír el ruido hueco de los cascos de caballos al galope.

—¡Es el barón y ha traído algunos hombres! —grita alguien.

Los reunidos son presa del pánico. Corren a los cuatro vientos. Nadie sabe qué hacer.

El barón y algunos de sus secuaces atraviesan el gentío a caballo. Es muy fácil distinguir al barón, que monta el corcel más fino y lustroso. Lleva peluca, camisa con chorrera y pantalones de montar, a la manera de la aristocracia. Tiene también un látigo con el que golpea la cabeza y los hombros de los campesinos que tienen la desgracia de encontrarse muy cerca.

Te apoyas contra una pared, lejos del lugar de la acción. Parece que el barón y sus hombres —ocho en total— intenta dispersar a los congregados. Durante unos segundos su plan parece funcionar.

En ese momento un hombre alcanza a uno de los secuaces del barón, lo derriba del caballo y lo arroja al suelo. Inmediatamente un grupo de campesinos lo rodea y lo golpea con cuantos instrumentos tienen a mano.

Horrorizado, apartas la mirada... y ves que dos hombres más son derribados de sus monturas.

Otro de los hombres del barón dispara su pistola contra la turba, pero es derrotado por las piedras que le arrojan los campesinos. Cae del caballo desmayado, antes de poder disparar por segunda vez.

En ese instante ves al barón, a pie, intentando escapar del gentío. ¡Un hombre fornido lo sujeta y lo lanza violentamente contra un árbol!

Aunque el barón cae e intenta alejarse a rastras, los campesinos lo atrapan fácilmente.

—¡Ahora incendiaremos su mansión! —gruñe uno de los hombres que patea al barón—. ¡Quemaremos sus preciosos bienes y los archivos de nuestras

«obligaciones» hacia usted! ¡Tal vez quememos también a su bonita esposa!

—¡Por favor, no le hagáis daño a mi esposa! ¡No toquéis a mi amada Brigitte! ¡No le hagáis daño a mi esposa! —suplica el barón.

Los campesinos no le hacen caso y corren camino arriba hacia la mansión de lo alto del peñasco.

La esposa del barón tiene problemas. ¿Deberías hablar con ella ahora o tratar de encontrarla más adelante, cuando ya no corra peligro?



Ves ahora a Brigitte.
Pasa a la página 77.



Ves más adelante a Brigitte.
Pasa a la página 87.



E

STÁS en el interior de un almacén de granos de la ciudad de Toulouse, en el verano de 1789. ¡Qué hedor! El olor que despiden el grano a causa del calor está a punto de agobiarte.

Fuera la gente grita y se la oye correr.

—¡Reuníos aquí! —grita alguien—. ¡Y no cedáis ni un milímetro!

—¡Si la que se estuviera muriendo de hambre fuera su familia, no nos daría tan malos tratos! —grita otra persona.

Subes al piso superior, trepas a los sacos de cereales y espías por un ventanuco. Fuera, bajo el sol implacable de un cielo sin nubes, la chusma campesina se muestra desafiante ante un pelotón armado de soldados franceses.

—¡Dejadnos alimentar a nuestros hijos! —exige un hombre delgado agitando el puño.

—¡Hay que enviar este grano a nuestros compatriotas estacionados en un puesto de avanzada muy peligroso! —grita un oficial que se desplaza entre sus hombres y el pueblo—. Pronto habrá cereales en abundancia. ¡Tened paciencia!

La multitud emite un murmullo de descontento.

Allí las cosas podrían ponerse muy mal en un instante.

Te apartas del ventanuco. Por suerte el almacén está vacío. Tienes la oportunidad de averiguar dónde te equivocaste y cómo recobrar la pista del collar desaparecido.

De repente el pueblo grita más encolerizado y un perro gime de terror.

La gente parece moverse. ¿A dónde van?

Van hacia allí, hacia una ventana rota junto a la esquina. Utilizando como protección los sacos de cereales, te acercas a la ventana y miras callejón abajo.

El populacho ha arrinconado a un perro mestizo, perdido y sarnoso, comportándose como si quisiera comérselo crudo. Cada vez que un hombre se acerca con un cuchillo o un palo, el perro arremete, intenta morder a su agresor y luego vuelve al rincón.

Los hombres se dispersan y avanzan lentamente hacia el animal formando un bloque compacto. Sus segundos están contados... a menos que hagas algo en seguida.

¿Qué puedes hacer? Sólo cuentas con los sacos de cereales.

Ahí tienes la respuesta, en los cereales. Agarras un saco y lo lanzas por la ventana.

—¿Queréis comer? —gritas a voz en cuello—. Tomad algunos cereales... ¡Amabilidad de la casa!

Arrojas dos sacos más y te asomas para ver si tu maniobra ha dado resultado.

Aunque el perro sigue arrinconado, todos están atentos a lo que haces... Mejor dicho, todos menos las tres personas que abrazan los sacos y se abren paso entre el gentío.

—¡Danos grano! ¡Danos grano! —grita la turba.

Arrojas más sacos. Sigues en ello hasta que el perro, aprovechando la ocasión, echa a correr a través del gentío ahora indiferente.

Un soldado apostado en la entrada del callejón te ve y grita:

—¡En el almacén hay alguien que arroja cereales a la plebe!

Casi en el acto, las puertas del almacén se abren y aparecen algunos soldados que corren hacia la escalera del fondo. Otros ascienden por las dos escaleras de enfrente. Intentarán arrinconarte en el piso superior.

Parece que estás atrapado.

Te ocultas detrás de una pila de sacos, donde nadie puede verte.

Podrías retroceder cuatro años e intentar ver al cardenal De Rohan en 1785. Quizá sepa qué ocurrió con el collar. También puedes correr el riesgo de acompañar a Emma a su encuentro con Robespierre.

Decidas lo que decidas, tendrás que franquear rápidamente la barrera del tiempo. ¡Los enfurecidos soldados están rodeando tu escondite!



Vas a ver al cardenal.
Pasa a la página 33.



Vas con Emma a ver a Robespierre.
Pasa a la página 25.





LA desenfrenada multi-

tud que está en pie ante el foso que rodea la Bastilla grita:

—¡Abajo los puentes! ¡Abajo los puentes!

Es el 14 de julio de 1789. Contemplas la escena desde el interior de la fortaleza, desde la posición ventajosa de una enorme torre de piedra. Algún día el pueblo francés considerará que fue esa tarde cuando se inició realmente la revolución.

Los preocupados soldados montan guardia al otro lado de las puertas, dentro de la Bastilla, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas.

—¡Abajo los puentes! —grita la muchedumbre—. ¡No habrá capitulación! ¡No habrá capitulación!

Los soldados situados en diversos niveles por debajo de tu posición cargan los cañones de mala gana. Evidentemente no les agrada la idea de disparar contra sus compatriotas. Esperas que esa idea tampoco le agrade a Jean Berthier, el hombre al que debes encontrar para tener una pista sobre el collar.



Encontrar a Jean en medio de semejante alboroto será difícil.

—¡Alto! ¿Qué haces aquí? —grita alguien. Un oficial con la espada desenvainada y la otra mano cerrada camina a toda prisa hacia ti. Es un hombre joven y su cara está roja de ira. Pregunta imperativamente: ¿Cómo llegaste aquí?

—Yo... ah... bueno, me dejé caer —replicas indeciso.

El oficial te mira furibundo y enfunda desdeñosamente la espada.

—¿Te gustaría probar la hospitalidad de la Bastilla durante diez o quince años? —se burla.

—Me encantaría irme, pero en este momento no puedo. Estoy buscando a alguien.

El oficial se cruza de brazos.

—¿A quién buscas?

—Al capitán Jean Berthier.

—Soy yo —responde escuetamente.

—Escúcheme, busco el collar de la condesa de La Motte y tengo motivos para sospechar que pudo haber ido a parar a sus manos —Jean te mira enojado y niega con la cabeza—. ¿A las manos de su hermana o a las de uno de sus hermanos? —preguntas esperanzado.

—Me parece que no puedo ayudarte —dice Jean concisamente—. No sé nada del collar y me he ocupado de no entrometerme jamás en los asuntos económicos de mi familia, ¡sobre todo de la familia más próxima!

Te preguntas si se mostraría tan reticente si supiera que la vida de su sobrina depende de la información que logres conseguir. Claro que si le dices que el peligro para Emma tendrá lugar cinco años más adelante, considerará inverosímil tu historia.

—¿No te das cuenta de que estamos viviendo una situación peligrosa? —prosigue Jean tomándote del brazo. Te conduce escaleras abajo hasta la parte inferior de la torre—. Debes irte inmediatamente. El gobernador ha amenazado con volar esta fortaleza si el pueblo no se dispersa. Si quieres mi opinión personal, no creo que el gobernador dé la orden. ¡De todos modos, mis hombres y yo estamos sobre cien barriles de pólvora!

Sigues obedientemente al capitán por la fortaleza. Subes a otro piso. Te asomas por el borde. Debajo se extiende el foso. Al otro lado están los plebeyos. Parece que el capitán y tú habéis llegado a un callejón sin salida.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

—Ah, eso es muy fácil —responde Jean agarrándote del cuello y del cinturón.

Durante seis segundos te sientes totalmente ingrátido. Crees volar por encima de la almena. Cuando empiezas a caer como una piedra, te das cuenta de lo que ha ocurrido y de lo que está ocurriendo. ¡El capitán te ha arrojado al foso!

—¡Sólo pretendía que te divirtieras un rato! —grita Jean.

Oyes la última palabra en el preciso instante en que chocas contra el agua.

Piensas que ha llegado el momento de fraquear la barrera del tiempo. Luchas por salir a la superficie y alcanzas la cuerda que alguien, al otro lado del foso, te ha lanzado.

Una vez en tierra firme, das las gracias a los que te rescataron y te abres paso entre la muchedumbre. Después de recorrer unos cincuenta metros, te separas de la gente y te escabulles por entre un pelotón de soldados.

Algo zumba junto a tu oreja. Una piedra choca contra el suelo. ¡Al darte la vuelta, ves que los plebeyos arrojan piedras a la tropa!

La situación alcanza un punto álgido y tú estás en el mismo lugar en el que estabas cuando comenzaste. Tienes dos opciones: puedes buscar a Jacques en Versalles o a Víctor en la Pista de Tennis.

¿Cuál de los dos tiene más posibilidades de tener información sobre el collar?



Vas a ver a Víctor.
Pasa a la página 97.



Vas a ver a Jacques.
Pasa a la página 93.



CORRE el año 1789. Si-
gues al enfurecido gentío camino de la colina. Los
campesinos abrigan la esperanza de quemar la man-
sión de la colina y destruir los registros de sus
obligaciones para con el barón –el propietario– y así
cancelar sus deudas. Abrigas la esperanza de averi-
guar si la esposa del barón es la misma Brigitte
Berthier que ayudó a uno de sus hermanos a robar
el collar.

Algunos hombres encienden antorchas.

–Necesitaremos luz en medio de la oscuridad
–bromea uno.

El sol se posa tras las lejanas montañas. Unas
sombras largas y grises cubren la tierra.

Es de noche cuando el gentío llega a lo alto del
peñasco. Pocos segundos después, los campesinos
alcanzan la inmensa puerta principal de la mansión
y entran. Rompen ventanas y fuerzan puertas. Los
que no destrozan muebles en el interior se dedican
al pillaje de los objetos de valor que encuentran a su
paso.

–Quememos la casa hasta los cimientos –grita un
hombre que lleva una antorcha–. ¡Si la quemamos,
seremos libres!

El hombre introduce la antorcha por una ventana
y la acerca a los cortinajes. Luego se dirige a la
ventana siguiente, rompe el cristal e incendia otra
cortina.

En ese instante sale corriendo una mujer madura,
elegantemente vestida. Se acerca corriendo al hom-
bre de la antorcha.

–¡Señor, le suplico que salve mi hogar!

—Es demasiado tarde, baronesa Jarre —responde.
 ¡Baronesa Jarre! Echas otro vistazo a la ex Brigitte Berthier, que se ha cubierto la cara con las manos. Alguien arroja una lámpara de aceite contra una pared del interior... y varias personas salen disparadas del salón.

—¡Ay, no! —gime la baronesa—. ¿Qué habéis hecho?

Deseosos de escapar con el botín, los campesinos no hacen caso de la baronesa en su huida. Corres hacia la baronesa diciendo:

—¡Brigitte, aunque usted no me conoce, le aseguro que soy un amigo! ¡Acompáñeme!

—¿Qué le ha ocurrido a mi marido?

—No se preocupe. La última vez que lo vi estaba bien.

—¡Debo estar con él! Los caballos están en las cuadras —sale disparada y la sigues.

Los caballos encerrados perciben el fuego y relinchan de terror.

—¡De prisa, suelta los caballos! —exclama Brigitte, que te detiene cuando intentas abrir el pesebre de un semental blanco—. ¡Ése no, es mi corcel!

En cuanto termináis de liberar a los caballos, Brigitte entra en un pesebre y se pone las prendas campesinas que había ocultado allí.

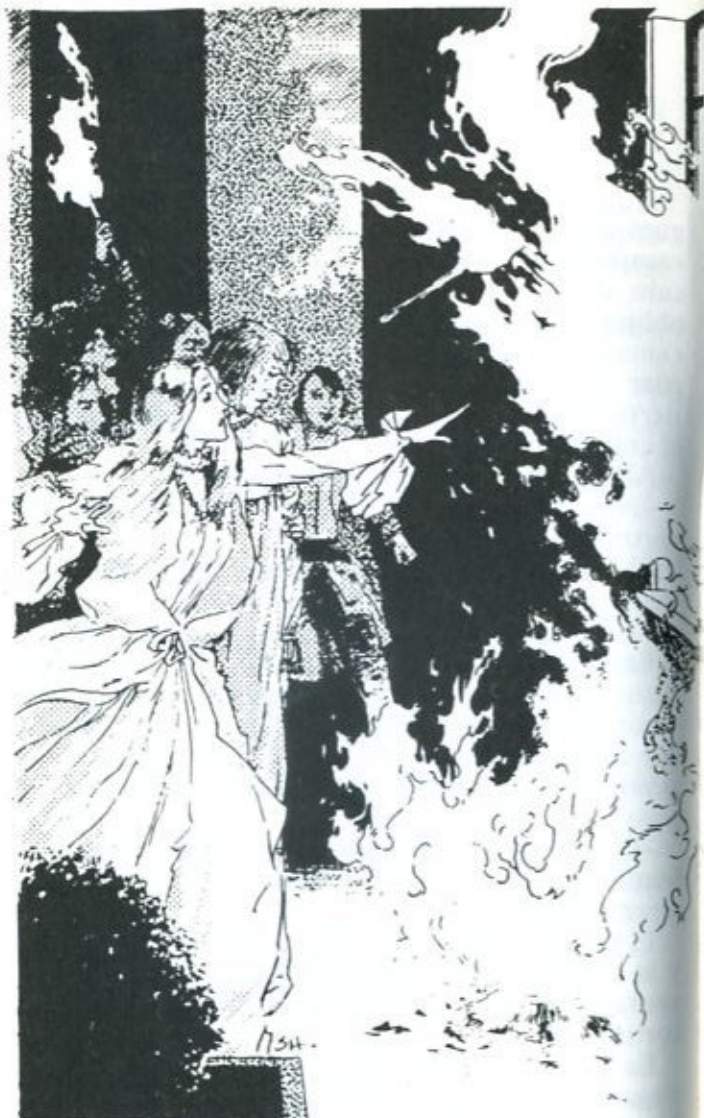
—En Francia han asesinado a otros propietarios —explica—. Nosotros tomamos precauciones.

Brigitte aparece con una camisa y unos pantalones sencillos. Te recuerda a su hija.

—Se parece mucho a Emma —comentas.

—¿Por qué razón conoces a mi hija? —inquiere con tono de sorpresa.

—Por ninguna en especial, nos conocimos hace poco.



—Tenía intención de hacerla venir —comenta Brigitte pesarosa—. ¡Tal vez llegue el momento en que sea para ella una verdadera madre!

—Estoy seguro de que hasta ahora lo ha hecho bien —dices ayudándola a montar—. ¡Pero será mejor que se reúna con su marido en seguida! ¡La última vez que lo vi estaba al pie de la colina!

Brigitte hunde los talones en los flancos del corcel, sale del establo al galope y se pierde en la noche.

—¡Espere! —gritas—. Quiero preguntarle algo.

Has hablado demasiado tarde, pues la baronesa ya se ha ido.

Evalúas tus posibilidades. Si Brigitte ha partido, tal vez deberías buscar a uno de sus hermanos.

¿Vas a ver a Jacques, el agregado del general Lafayette? ¿Visitas a Jean, que está de guardia en la Bastilla o te reúnes con Víctor, el amigo de Danton?



Vas a ver a Jacques.
Pasa a la página 93.



Vas a ver a Jean.
Pasa a la página 72.



Vas a ver a Víctor.
Pasa a la página 97.

E

s el 17 de julio de 1791. Estás en la inmensa plaza de armas conocida como Campo de Marte, en medio de una multitud de hombres que parecen estar esperando.

—¿Qué ocurre? —preguntas al hombre que tienes al lado.

—Si no lo sabes, ¿para qué has venido? —responde burlón.

—Soy un seguidor de la revolución —afirmas mostrándole tu pañuelo rojo—. Siempre que veo una multitud popular intento saber qué ocurre.

—Para contribuir a la causa de la libertad, ¿no? —añade el hombre con actitud aprobatoria—. Supongo que no te llegó la noticia. Nos hemos reunido aquí hoy para firmar una petición exigiendo un gobierno más republicano. En la ciudad abundan los comités revolucionarios, pero ¿cuándo elegiremos a nuestros propios representantes?

—Señor, ¿acaso está diciendo que los comités se aferran innecesariamente a su poder? —preguntas.

El hombre asiente con una sonrisa y te pone la mano en el hombro. Ambos miráis al orador. Aunque apenas oye sus palabras, el hombre lo escucha con profunda atención. Te separas del gentío.

A unos cuatrocientos metros de distancia, al final de la plaza de armas, varios pelotones de soldados permanecen en posición de descanso, cerca de unos oficiales que pasean sus caballos con indiferencia. Aunque los soldados están serenos, sospechas que vigilan con ojo cauteloso los acontecimientos.

Es posible que el general Lafayette y Jacques Berthier, su ayudante, estén presentes. Decides averiguarlo.

Antes de que des tres pasos, entre la multitud estalla repentinamente una pelea a puñetazos. La gente grita:

—¡Espías! ¡Espías!

—¿Para quién espían? —preguntas a voz en cuello.

—¡Para el tribunal revolucionario! —gritan algunos.

—¡Para la aristocracia! —chillan otros.

Los soldados se ponen en marcha. Algunos oficiales cabalgan a la cabeza de sus hombres dirigiéndose a toda prisa hacia la multitud.

Te preguntas qué ocurre, por qué razón esa gente está tan frustrada e irascible. Como corre el año 1791 y es el período medio de la revolución, tal vez ya se han dado cuenta de que ésta corre el peligro de fracasar.

La multitud está cada vez más alterada. Algunos individuos recogen las piedras blancas que separan el sendero de la hierba verde.

—¡Son las tropas de Lafayette! —grita alguien señalando a los oficiales que se acercan.

—¿No es algo bueno? —preguntas al hombre que está a tu lado. Te gustaría marcharte, pero estás atrapado entre la multitud y la tropa.

—Lafayette dice que el pueblo debe tener paciencia —responde el ciudadano—. Aunque antes nos ayudó, me gustaría saber realmente en quién tiene depositadas sus simpatías.

La gente se burla de los soldados. Los oficiales cabalgan de un lado a otro intentando serenar a la multitud, que se niega a calmarse.

—¡Cuidado con los generales! —grita alguien—. ¡Querrán gobernar en lugar del rey!

Los hombres airados rugen su aprobación y arrojan algunas piedras contra los oficiales. Te alejas lentamente del gentío. Podrás encontrar a Jacques más adelante.

El pelotón de soldados forma, rodilla en tierra. ¡Están a punto de disparar!

Esta actitud no hace sino encolerizar un poco más al pueblo.

Un oficial se aleja a caballo de los pelotones y se acerca a los reunidos.

—¡Soy el marqués de Lafayette! —grita—. ¡Por favor, debemos restablecer el orden! ¡Entregadnos a los hombres que acusáis de espías y el ejército averiguará la verdad!

—¡Los pondréis en libertad! —protestan algunos.

—¡Los entregareis al tribunal y ellos los pondrán en libertad! —gritan otros.

Súbitamente un grupo de hombres se adelanta y arroja de su caballo a uno de los oficiales.

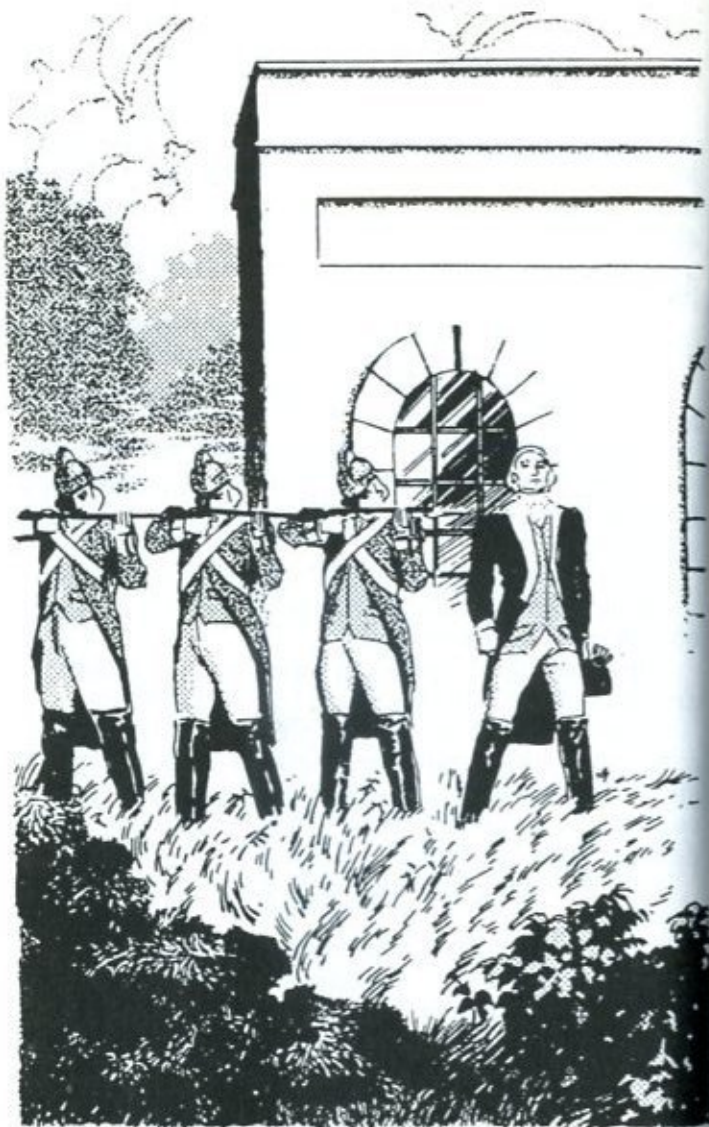
Otros ciudadanos arrojan piedras contra los oficiales, que hacen esfuerzos desesperados por hacer girar sus monturas y alejarse al galope. Algunos lo consiguen, Lafayette entre ellos. Pocos segundos después cabalgan hacia el pelotón.

—¡No me dejáis otra opción! —grita Lafayette y da la orden.

Algunos oficiales no consiguen escapar.

Un oficial que está a menos de quince metros de ti recibe una pedrada en la cabeza. Varias personas lo golpean en cuanto cae del caballo, pero el corcel, confundido, traza círculos y el oficial está demasiado cerca de sus patas para que la gente pueda golpearlo.

Ves a Lafayette alzando su espada hacia el cielo...



¡Dando una orden!

—¡Oh, no! —gritas—. ¡Huyamos!

Es demasiado tarde. Lafayette deja caer la espada. El pueblo guarda silencio durante una fracción de segundo.

Los pedernales de los fusiles humean.

Un ruido ensordecedor suena de un lado a otro del Campo de Marte.

Los manifestantes caen o luchan por huir. Das con tus huesos en el suelo.

Disparan otra ronda. Oyes más gritos, más expresiones de pánico. Miras a tu alrededor y ves que las personas que quedaron demasiado sorprendidas después de la primera ronda ahora echan a correr.

Entretanto, los soldados bajan las miras de las armas y se ponen en pie. Lafayette está erguido, con los hombros hundidos, como si hubiera sido alcanzado por un proyectil.

Corres hacia el oficial caído.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —responde el hombre roncamente—. ¿Estás seguro de que quieres correr el riesgo de ayudar a un militar?

—He venido a buscar a un militar, el capitán Jacques Berthier. ¿Lo conoce?

—¡Ya lo creo! —ríe, mientras lo ayudas a incorporarse—. ¡Soy yo! ¿Para qué has venido a verme?

—Quería preguntarle por un collar que, según tengo entendido, estuvo durante un tiempo en poder de su hermana Brigitte.

Jacques asiente.

—Durante poco, poquísimo tiempo. Mi hermana es lo que podríamos llamar una trepadora social y sospecho que, de vez en cuando, sus normas morales han fallado.

-¿Sabe quién tiene el collar ahora?

-No está en poder de Brigitte. Lamentablemente uno de mis hermanos tiene unas normas morales aún más bajas que las de Brigitte.

-¿Cuál de sus hermanos?

-Víctor. La última vez que me escribió, se jactó de que tenía el collar y de que pronto obtendría grandes beneficios con su venta. Ya lo ha utilizado como garantía subsidiaria de varios préstamos comerciales, que siempre logró devolver, por las buenas o por las malas, después de obtener beneficios.

-Gracias. Será mejor que siga mi camino.

-Te agradezco la ayuda que me has prestado. Y quisiera pedirte algo.

-¿Qué?

-¡La próxima vez que quieras verme, elige un día en que no esté tan ocupado!

Reís antes de emprender vuestros respectivos caminos. Ahora estás mucho más cerca del collar. Lo único que tienes que hacer es franquear la barrera del tiempo y reunirte con Víctor. Según la información de los archivos, conviene que vayas a Versalles el día del juramento de la Pista de Tenis.



Pasa a la página 97.



LL

EGAS al emplazamiento de la mansión del barón un día después de que los campesinos la quemaran hasta los cimientos.

Lo único que queda en pie son los restos calcinados del impresionante armazón. Lo demás son escombros que unos pocos campesinos examinan cuidadosamente, en busca de objetos de valor que hayan quedado intactos.

Eso significa que no tienes más alternativa que retroceder a la noche anterior y procurar ver a Brigitte mientras corre peligro.



Pasa a la página 77.



H

A caído la noche en las calles de París. Corre el mes de noviembre de 1793. Hombres de todas las edades, en su mayoría sencilla pero elegantemente vestidos, hablan a voz en grito entre sí. Las mansiones de esta zona de la ciudad parecen clubes públicos.

—¿Qué sucede? —preguntas a un hombre que bebe vino.

—Danton, el gran contrincante de Robespierre, ha vuelto a París para discutir el desarrollo actual de la revolución. Corre el rumor de que librarán una batalla antes de la Convención. ¿Quién denunciará a quién, Robespierre a Danton o Danton a Robespierre? —el hombre bebe un generoso trago de vino, antes de seguir hablando—. ¡Me muero de ganas de verlo!

—Gracias, señor —le dices mientras se aleja.

Como, gracias a la lectura de los archivos del Comité de Seguridad Pública, sabes que Víctor siguió siendo amigo de Danton hasta el último momento —para el que sólo faltan unos pocos meses—, todo indica que esta noche lo encontrarás en su compañía.

¡Un momento! Tendrías que haberle hecho otra pregunta al hombre. Corres tras él, gritando:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Dónde está Danton ahora?

—En la plaza, a dos manzanas de aquí. Pronunciará un discurso que abrirá la manifestación.

Te diriges a la plaza. Sonríes al pensar en la expresión que pondrá Víctor cuanto te vea. Además, se dará cuenta de que hablabas en serio cuando decías que querías encontrar el collar, ya que seguramente no espera que sigas buscándolo.

Al llegar a la plaza, ves que un hombre corpulento vestido con elegancia está subido a una plataforma improvisada e intenta hacerse oír en medio de la algarabía de los asistentes. En cuestión de segundos, su voz estentórea supera a las demás distracciones. Pocos minutos después, tiene al gentío pendiente de sus palabras.

—Ese Danton es un magnífico orador —susurra alguien a tu lado.

—¡Una sociedad libre no puede aceptar este tipo de intolerancia! —declara Danton—. Derrocamos al *ancien régime* para vivir nuestras vidas como considerábamos correcto, para crear la sociedad que considerábamos correcta... ¡No para que nuestros ciudadanos nos digan lo que debemos decir, a quién debemos decírselo y en quién debemos creer!

Danton se permite esbozar una sonrisa de satisfacción, mientras el pueblo aplaude. Cuando los gritos y los aplausos se apagan, Danton vuelve a hablar. En ningún momento pierde el control sobre los asistentes.

Aprovechas para deambular por entre el gentío en busca de Víctor. Finalmente lo divisas cerca de la plataforma improvisada. Aunque observa a Danton con expresión fría e indiferente, te das cuenta de

que presta un profunda atención a las palabras de su amigo.

Te acercas a Víctor y le tiras de la manga.

Víctor se mueve enfurecido para mirarte. Al verte, parece reconocerte y cambia su expresión de cólera por otra de confusión.

—¿Se acuerda de mí? —preguntas.

—¡Tú! ¡Al fin me has encontrado!

—El tiempo que me llevó depende de la perspectiva desde la que se mire. Como puede ver, cuando digo que quiero encontrar el collar, hablo en serio.

—¡Silencio! —ordena Víctor apartándote del centro de los congregados—. Como el collar ya no está en mi poder, no tengo reparos en contarte lo que pasó con él. Se lo vendí a su creador, el afamado artífice Carnot Mulhouse.

—¿Y no le explicó cómo llegó a sus manos?

Víctor sonríe encogiéndose de hombros.

—Le dije que se lo había comprado por una suma exorbitante a un inglés de pésimos antecedentes. Mulhouse estaba tan agradecido que se ofreció a reembolsarme hasta el último céntimo. Sí, reconozco que obtuve mucho dinero de ese collar.

—¿Y ahora el collar está en manos de Mulhouse?

—No lo creo, porque Mulhouse murió el Año Uno. Nadie sabe qué ocurrió con el collar.

Estás asombrado. Te apoyas en un árbol para mantener el equilibrio. Aunque Víctor no lo sepa, sus juegos podrían condenar a la guillotina a su sobrina.

—¿Qué día? ¿Qué día murió Mulhouse?

Víctor se distrae cuando Danton pasa a su lado, conduciendo a la multitud hacia el corazón de la ciudad donde —es de suponer— el gentío se volverá cada vez más numeroso.



-Sigues aferrado al viejo calendario, ¿eh, jovencito? -pregunta distraído.

-¡Espere, dígame algo más! -pides-. ¿Cuándo y dónde?

Víctor se vuelve sonriendo perversamente.

-¿Dónde? En el número 30 de la Rue de Cordelieus. ¿Cuándo? Sólo te daré la fecha: el 13 de julio -ríe-. ¡Tendrás que averiguar el año por tu cuenta! -exclama perdiéndose entre la muchedumbre.

¿El Año Uno del nuevo calendario?

Vaya, vaya. Víctor dijo «recientemente». Podía referirse a este año o a 1792.

¿Cuál será?

Más vale que tomes rápidamente una decisión. Seguir aquí no te ayudará a encontrar el collar.



Vas a la Rue de Cordelieus en 1792.
Pasa a la página 103.



Vas a la Rue de Cordelieus en 1793.
Pasa a la página 109.



CORRE el mes de octubre de 1789. Llegas al corazón de un numeroso grupo de mujeres que marcha hacia el Palacio de Versalles. Las mujeres proceden de todas las clases sociales y tienen diversas profesiones. La mayoría llevan armas improvisadas: palos, horcas o rodillos e incluso algunos mosquetes y guadañas. Todas están alteradas por el hambre y el miedo por sus familias.

-¿Dónde está el rey? -grita la mujer que encabeza la manifestación-. ¡Necesitamos pan! ¡Pan!

-¡Somos miles y no tenemos pan para nuestras familias y nuestros hijos! -grita otra-. ¿Dónde está el rey? ¡Debe ayudarnos! ¡Es el rey de Francia y nos ayudará!

-¡No sólo necesitamos pan! -grita una persona de voz sospechosamente grave-. ¡Debe afirmarse el poder de la Asamblea Nacional! ¡El rey debe expresar su apoyo a los derechos del hombre!

Intentas ver mejor a la mujer de voz claramente masculina, pero «ella» se pierde entre el gentío en cuanto las demás deciden apoyar sus reivindicacio-

nes. Parece que determinadas personas no tienen reparos en utilizar para sus propios fines la cólera de las manifestantes.

Cuando por fin las mujeres llegan a Versalles, son detenidas por varias filas de soldados. Los oficiales hablan con las cabecillas. Es posible que intenten persuadirlas de que vuelvan a sus casas. Pero las mujeres se muestran inflexibles.

—¡Queremos ver al rey! —grita una mujer.

—¡El rey! ¡El rey! —grita la multitud.

La situación es cada vez más tensa. Evidentemente pronto ocurrirá algo.

¿A qué se deben estos ruidos y esas nubes de polvo? ¿Están llegando refuerzos!

—¡Es Lafayette! —informa alguien—. ¡Es un amigo del pueblo y nos ayudará a ver al rey!

Un soldado pelirrojo, de aspecto impresionante, cabalga a la cabeza del ejército. Al principio su expresión es de sorpresa y luego de preocupación.

—¡Pan! —grita una mujer—. ¡Deben darnos pan!

—¿Y qué hay de nuestros derechos? —protesta otra mujer.

Lafayette sonríe débilmente. Tras él cabalgan los oficiales del estado mayor. Probablemente Jacques es uno de ellos, pero no tienes idea de cuál.

Lafayette desmonta detrás de sus hombres y da órdenes para que lleven a su presencia a tres de las cabecillas de la manifestación. Lafayette, su estado mayor y las mujeres hablan apasionadamente, mientras te abres paso entre el gentío. Si logras hablar con Lafayette, probablemente te dirá quién es Jacques.

De repente la manifestación se cuela en la muralla que forman los soldados. Las mujeres empujan y se abren paso a patadas. Pierdes el equilibrio y caes.



Una rodilla te golpea la sien, mientras luchas por incorporarte. En tus oídos resuena el retumbar de un disparo de mosquete, cuyo eco rebota en los edificios.

Tal vez deberías tratar de ver a Jacques más adelante. Probablemente estos disturbios lo tienen muy ocupado.

¡Si no franqueas de prisa la barrera del tiempo, acabarás pisoteado!



Pasa a la página 81.



E

s el 20 de junio de 1789. Has ido a ver la reunión diaria de la Asamblea Nacional. Víctor Berthier, el mayor de los hermanos que probablemente ayudó a Brigitte a robar el collar, es un delegado del Tercer Estado que representa a un pequeño municipio.

Cuando atraviesas las columnas delanteras del suntuoso edificio de Versalles conocido como Rue des Chantiers, percibes que está extrañamente silencioso. Como mínimo pensabas oír a través de las paredes amortiguados gritos de acuerdo o de disensión.

Ni siquiera hay gente junto a las puertas del edificio. Sólo ves dos soldados de expresión aburrida, apoyados en las puertas principales cerradas con barrotes. Tal vez puedas entrar.

—Disculpadme —dices a los guardias—, pero tengo un amigo en la asamblea y necesito verlo.

—Yo no tengo ningún problema, pero no creo que puedas verlo aquí —responde un guardia.

—Esta mañana el rey ordenó que se cerrara a cal y canto las puertas de la sala de la asamblea —dice el otro guardia—. Supongo que pensó que, al no tener un lugar donde reunirse, los delegados no podrían aprobar ninguna resolución que limite su autoridad.

—¿Dio resultado? —quieres saber.

—¡En absoluto! —responde sonriente el primer guardia. Aunque cumplen las órdenes del rey, evidentemente estos dos guardias simpatizan con las aspiraciones populares—. Sólo sirvió para enfurecer un poco más a los delegados.

—Si quieres saber mi opinión, los volvió más decididos —añade el segundo guardia asintiendo severamente.

—¿A dónde fueron? —preguntas impaciente—. ¡Mi amigo tiene que estar con ellos!

—A la pista de tenis —responde el primer guardia.

—Dirígete al oeste y gira a la izquierda en el segundo edificio. La encontrarás en el tercero, a tu derecha —añade el otro guardia.

—¡Muchas gracias!

Poco después oyes a una muchedumbre que vocifera. El estrépito procede de una pista de tenis cubierta. El edificio está rodeado por grupos de hombres de todas las clases sociales, vestidos de las más variopintas maneras. De pronto un tremebundo rugido que sale de la pista parece estremecer todos los edificios de los alrededores.

¿Qué ocurre en el interior?

Un adolescente cruza corriendo las puertas de la pista de tenis, trepa a una tribuna improvisada y grita:

—El conde Mirabeau ha propuesto que la asamblea haga un juramento. ¡Si su resolución se aprue-

ba, la asamblea no levantará la sesión hasta que se haya ratificado la Constitución!

Algunos de los ciudadanos que están en la calle aplauden y otros protestan. Entretanto, el adolescente sigue en la tribuna improvisada con cara de satisfacción.

Te abres paso y preguntas al adolescente:

—¿Quién es el conde Mirabeau?

—¿No lo sabes? —pregunta, mientras se apea de la tribuna—. Hace unos días el conde propuso que el Tercer Estado se autodenomine representante del pueblo de Francia. ¡Es uno de los principales portavoces de la revolución!

Tomas al joven del brazo y le dices en tono confidencial:

—Tengo un amigo, Víctor Berthier, que es delegado. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Necesito verlo de inmediato. ¿Puedes llevarme a su presencia?

—¡No faltaría más! ¡Sígueme! —el adolescente te hace pasar por una puerta lateral y explica—: Esta es la entrada de servicio.

Una vez dentro, resultan ensordecedoras las voces de los delegados que discuten entre sí y con los plebeyos de las gradas. Un hombre grueso y atildado, con la cara picada de viruelas, está en una tribuna improvisada encima de un banco. Todos los delegados se encuentran en la pista propiamente dicha, junto a la red.

—Ése es el conde Mirabeau —dice el joven señalando al hombre de la tribuna.

La voz del conde retumba en las paredes de la pista de tenis, anulando las de los delegados y las de la gente de las gradas.

—El rey nos ha obligado a actuar. Como de costumbre, titubeará. Mientras se pregunte qué debe hacer, nosotros, los representantes elegidos del Tercer Estado, crearemos una nueva Francia. Nuestra nueva Francia se basará en los sólidos principios de la razón y estará dedicada al nuevo espíritu del hombre. Insisto en que no debemos levantar la sesión hasta que juremos redactar una Constitución para la nueva república francesa.

En la pista de tenis resuenan unos aplausos ensordecedores. Algunos delegados están tan conmovidos que no pueden ocultar las lágrimas. Otros ríen y palmean la espalda de sus camaradas. Unos pocos rezan. En cualquier caso, es indudable su consagración a la causa, su decisión de crear una nueva nación.

El adolescente que te ayudó a entrar exclama con una sonrisa de profunda felicidad:

—¡Soy realmente afortunado al ser testigo de este día histórico!

Sonríes comprensivo y escudriñas a los reunidos.

—¿Quién es Víctor Berthier? —preguntas.

—¡Aquél! —responde el chiquillo señalando a un hombre alto y moreno, que permanece a solas y en silencio en un rincón. Aunque viste pantalones y una sencilla chaqueta, cortados según los patrones de la época, posee el aire arrogante de los aristócratas.

—Tengo que verlo. ¡Agradezco tu ayuda!

Te acercas a Víctor y te presentas. Víctor te mira con cara de pocos amigos.

—Debes querer tratar conmigo de un asunto muy importante para suponer que me perderé parte de los debates para escucharte.



—Se trata de un collar...

Víctor mira a su alrededor para comprobar que nadie puede oírle. Cuando ve que todos prestan atención al discurso del conde, te agarra bruscamente por los hombros y te da una sacudida.

—Así que es eso lo que buscas, ¿no, jovencito? ¡Lamento decepcionarte, pero ese collar me dio la oportunidad de sacar partido de los derechos naturales del hombre! ¡Me proporcionó riquezas y libertad... y nadie me privará de esas cosas! ¿Comprendes?

—¡Yo no lo quiero! —exclamas—. Sólo me interesa saber qué ocurrió con él.

Víctor sonríe paternal y te palmea el hombro... golpeándote en un rasguño que te hizo al sacudirte.

—Por supuesto —añade irónicamente—. Escucha, ¿por qué no vuelves a verme dentro de unos años, después de que hayas tenido tiempo de pensar en esa cuestión? Tal vez entonces esté dispuesto a decirte más cosas.

—¡De acuerdo, volveremos a vernos!

Víctor ríe mientras te alejas abandonando la pista de tenis. Probablemente piensa que no volverá a verte el pelo. ¡Si es así, menuda sorpresa se llevará!



Pasa a la página 88.



LEGAS al número 30 de la Rue de Cordelieus la tarde del 13 de julio de 1792. Amenazadoras nubes de tormenta cubren el cielo. A lo lejos, los rayos iluminan el firmamento y desaparecen rápidamente.

Contemplas la casa del final de la senda. Tal vez Carnot Mulhouse viva allí. O quizá no. Sólo hay un modo de averiguarlo. Mientras subes por la senda, tienes la sensación de que el collar pesa en tus manos.

Llamas tímidamente a la puerta. «Pronto averiguaremos si corre el Año Uno», piensas y esperas. Vuelves a llamar.

Abre la puerta una mujer madura y severa, que lleva un vestido negro y una peluca blanca.

—Sí, jovencito, ¿en que puedo servirte?

—Me gustaría hablar con el joyero Carnot Mulhouse. ¿Recibe visitas?

—Quizá, pero no por mucho tiempo. Verás, mi padre está a punto de morir.

—Lo siento mucho.

—Quizá seas el único que lo siente. Veré si le molesta hacer algo antes de que llegue el momento —la mujer da media vuelta y se aleja. La sigues.

Aunque está de luto, se comporta como si estuviera deseosa de que su padre muriera.

Poco después, estás a solas con Mulhouse, un anciano de más de setenta años, que prácticamente es un saco de piel y de huesos. Evidentemente está en su lecho de muerte. Su piel se ha tornado amarillenta. El olor de la muerte impregna el aire.

—¿Quién eres? —estornuda y ahoga un ataque de tos—. ¿Qué quieres?

Le dices tu nombre y añades:

—Lo que yo quiera no parece tener importancia en estas circunstancias —*«aunque Emma podía tener otra opinión»*, dices para tus adentros.

—Mi hija sólo te dejó entrar con la esperanza de que me molestaras. Es una mujer rencorosa y está convencida de que le niego injustamente parte de su herencia.

Súbitamente Mulhouse sufre un espantoso ataque de tos. Ayudas al anciano a calmarse. Luego le ahuecas las almohadas para que se encuentre más cómodo.

—Me gustaría preguntarle por un collar que fabricó para la condesa de La Motte y que recuperó de manos de Víctor Berthier.

—Ese collar forma parte de la herencia que reclama mi hija. Cuando lo fabriqué estaba convencido de todo corazón de que se trataba del objeto más bello que mis manos habían forjado. Producía un efecto hipnótico. Tendría que haber sabido que sólo atraería el mal. Desde que el collar volvió a mi poder, he temido que mi hija lo robe. Consigue todo lo que se propone, pero eso no es motivo para que se lo quede —tose fuertemente, como si su cuerpo estuviera a punto de deshacerse.

Acomodas al anciano y prosigues:



-¡Necesito saber dónde está ahora el collar!

La respiración del anciano se ha vuelto irregular. Evidentemente sólo le queda un hálito de vida.

-Lo oculté para que mi hija no lo encontrara. La respuesta está en un acertijo. Debes ir al ángulo noreste del jardín. Allí crece una planta, una planta con un tallo subterráneo, que alimenta los corazones y las almas del pueblo.

El anciano sufre otro violento ataque de tos. Se incorpora e intenta dominarse. Súbitamente queda inmóvil y su mirada permanece fija en el techo. Cae sobre las almohadas y ya no se mueve.

Carnot Mulhouse ha muerto. Lo único que te ha dado es un acertijo: un tallo subterráneo que crece en un jardín, que puede ser real o simbólico.

Tienes dos opciones. Puedes dirigirte a un jardín real y buscar el ángulo noreste... o visitar la Asamblea Nacional, donde crecen un montón de radicales clandestinos que intentan alimentar por la fuerza los corazones y las mentes del pueblo.



Vas al jardín.
Pasa a la página 116.



Vas a la Asamblea Nacional.
Pasa a la página 114.



MANECE el 18 de julio de 1794. Llegas a las penumbras de una celda del Palacio de Justicia, utilizado por el tribunal revolucionario.

En el camastro está sentado un hombre herido y derrotado. Lo único que mantiene unidos su mandíbula ensangrentada y su cráneo es un sucio vendaje. Parece sufrir fuertes dolores.

Es Robespierre. Ha contemplado el amanecer a través de los barrotes de la ventana de esa cárcel. Se sujeta la mandíbula y con los dientes apretados dice:

-Acércate, intruso, sé que estás aquí.

Te sitúas en la zona iluminada para que Robespierre te pueda ver.

Durante unos segundos parece que escudriña en su memoria y, aunque te reconoce, no logra situarte. Luego abre desmesuradamente los ojos y parece olvidar su sufrimiento.

-¿Tú? ¡Eres el que escapó del armario! ¿Cómo entraste aquí?

-Del mismo modo que me largué -retiras el collar del cofre y lo balanceas ante Robespierre.

Abre un poco más los ojos. Aunque sus dedos se crispan, no intenta hacerse con él.

-Has tardado demasiado -comenta irónicamente.

-¿Cómo? ¿Quiere decir que Emma fue ejecutada?

Robespierre ríe y se burla al mismo tiempo.

-No. No pude convencer al tribunal para que fijara la fecha de su juicio. Probablemente pronto saldrá en libertad, si es que aún no la han excarcelado. Todavía no han fijado la fecha de mi juicio y su posterior ejecución, y esos pusilánimes ya están liberando a los presos políticos. No pueden esperar a después de mi muerte para deshacer mi obra.

Guardas el collar en el cofre. ¡Después de todo, tal vez Emma nunca necesitó tu ayuda! Bueno, al menos has cumplido la misión.

Sólo queda un asunto por resolver: ahora que has recuperado el collar, ¿qué haras con él? ¡Ciertamente Robespierre no lo necesitará!

Súbitamente se abre la puerta de la celda y un hombre exclama:

-¡Aquí hay alguien más!

Te precipitas hacia el pasillo y pasas delante de dos hombres.

Durante unos segundos estás solo y a oscuras, con el cofre y el collar en la mano. ¡Sólo dispones de unos segundos antes de que los hombres te atrapen!

¡Franqueas inmediatamente la barrera del tiempo!



Pasa a la página 122.



E

STÁS en el número 30 de la Rue de Cordelieus, la tarde del 13 de julio de 1793, en el barrio parisino del Faubourg Saint-Germain. Si es el Año Uno, el anciano monsieur Mulhouse sigue vivo y en esa casa, y quizá tú puedas descubrir el paradero del collar.

Una joven de unos veinticinco años, que lleva capa, vestido blanco y sombrero con cintas verdes, pasa a tu lado y sube por la senda hacia la casa. La sigues. Esperas que en la puerta se provoque alguna distracción que te facilite la entrada.

Si la mujer repara en tu presencia, no se da por aludida y llama enérgicamente a la puerta.

Abre una mujer de edad madura, que inmediatamente dice a la joven:

-¡Ya le dije antes que el amo no espera visitas!

-Soy Charlotte Corday y tengo que darle una noticia muy importante -protesta la joven.

-Y yo ya le he dicho que no recibe...

-¿Está aquí? -pregunta la joven con impaciencia.

La mujer mayor queda desconcertada.

-No, no está aquí.

Siguen discutiendo. Parecen problemas demasiado graves para un joyero, cualesquiera que sean las circunstancias. Sospechas que te has equivocado de año.

Súbitamente alguien grita desde el interior de la casa:

—¡Simone! ¡He oído voces! ¿Quién es? ¿Qué quieren?

Derrotada, la mujer mayor se encoge de hombros.

—¡Oh, cielos! ¡Ojalá supiera claramente qué quieren! —se vuelve hacia el interior de la casa y grita—: ¡Hay unas personas que necesitan hablar urgentemente con usted!

—¡Estamos rodeados de traidores! —grita Charlotte.

—¡Traidores! —repite la voz del interior de la casa—. ¡En ese caso hazlos pasar inmediatamente!

—¿Qué está haciendo? —preguntas a la mujer mayor, mientras os acompaña por el pasillo—. ¿Está agonizando?

—Está enfermo, pero no para morir —responde—. Está tomando un baño.

Una vez en la habitación, compruebas que te has equivocado de año. El anfitrión no es un viejo joyero agonizante, sino un hombre de edad madura, con la piel muy irritada, que toma un baño caliente, al tiempo que escribe notas sin cesar en una tabla de escritorio colocada encima de la bañera. El hombre hace un gesto de dolor, mientras os indica a Charlotte y a ti que os acerquéis.

—Simone, puedes retirarte —dice a la mujer mayor, suspirando aliviado al volver a adoptar una posición cómoda—. Disculpadme, no pretendo ser impúdico, pero, como podéis comprobar por la textura de mi piel, padezco una enfermedad insoporta-

ble. Sólo en el baño caliente hallo alivio a la agonía constante.

—¿Eres Marat? —pregunta Charlotte.

La joven te ha olvidado o te ignora. Está totalmente concentrada en el hombre de la bañera que parece fascinarla y horrorizarla al mismo tiempo.

La comprendes. Aunque mirarlo es espantoso, tú tampoco puedes apartar los ojos del hombre.

—Soy Marat —afirma el enfermo—. ¿Has dicho que traes noticias de los traidores?

La joven afirma enérgicamente con la cabeza.

—Sí. Existe un complot contra ti. Un grupo de ciudadanos, cuya influencia en el tribunal revolucionario siempre fue ínfima gracias a tus cáusticos comentarios sobre sus ideas, ha decidido que, por el bien de Francia, debes ser... ¡eliminado!

Marat frunce el ceño y pone expresión de dolor, mientras cubre con una toalla una de las heridas del brazo. El agua de la bañera apesta a sulfuro.

—¿A qué grupo te refieres?

—Al de los girondinos.

—¡Claro! Tendría que haberlo previsto —comenta Marat friamente—. Su convicción de que es necesario un control de precios más firme habría creado el pánico... Un pánico que habría puesto en peligro la república. Era necesario neutralizar a los girondinos y es lo que hice en mi último opúsculo.

—Tal vez protestan por el celo con que cumpliste con tu deber —dice Charlotte, al tiempo que se va situando detrás de la bañera de Marat en un sitio donde a él le resulta difícil verla.

—Mi campaña contra los girondinos es exclusivamente política —sostiene—. Mis sentimientos personales nada tienen que ver con esto. De todos modos, he de hablar con Robespierre tan pronto como

sea posible. La nación debe estar a salvo. Si es necesario que caigan dos mil cabezas más..., ¡así sea!

—Sí... así sea —susurra Charlotte llevándose la mano al interior de la capa.

Quedas azorado cuando ves que ella saca un cuchillo, se estira torpemente por encima del hombro de Marat y hunde en su pecho la limpia hoja de plata.

Pocos segundos después, el agua de la bañera está teñida de sangre. Marat lucha por salir, pero ya está demasiado débil. Cae chapoteando.

Charlotte vuelve a acuchillarlo.

No te quedas a ver lo que ocurre a continuación. Abres una ventana y sales a la calle. Existe la posibilidad de que te acusen de complicidad en ese crimen, pero quizá no lo hagan. No tienes la menor intención de averiguarlo.

Te internas por un oscuro callejón y compruebas que estás sólo.

¡Franqueas la barrera del tiempo al Año Uno, a 1792!



Pasa a la página 103.



T

E presentas en la sala de la Asamblea Nacional el 26 de julio de 1794. ¡La oscuridad te rodea, pues has aparecido bajo la tribuna del ángulo noreste de la sala! Tal vez has decidido mal...

A través de las grietas, entre las tablas, divisas a los nerviosos miembros de la Asamblea Nacional. Alzas la mirada y por las hendiduras de la plataforma ves que Robespierre camina nervioso de un lado a otro, mientras concluye lo que debió de ser un largo discurso.

—Todos me insultan —se queja—. Que me preparen la cicuta de una vez. La esperaré en estos sagrados escaños. He prometido dejar un impresionante testamento a los opresores del pueblo. ¡Les lego la verdad y la muerte!

Por fin, Robespierre se detiene a esperar los aplausos a los que, sin duda, se ha acostumbrado, pero los aplausos tardan en llegar y son escasos. Evidentemente su discurso y su promesa de más muertes no ha sentado demasiado bien entre los delegados.

Un hombre sube a la plataforma de un salto, aparta a Robespierre, se acerca a la tribuna y se sitúa frente a la Asamblea.

—Antes de que me deshonren, me dirigiré a la Nación Francesa. Ha llegado el momento de decir toda la verdad. Sólo dos personas paralizan la voluntad popular. ¡Y una de ellas es Robespierre!

Los aplausos son ensordecedores y en la cámara resuenan los gritos de aprobación.

Sorprendido por el giro de los acontecimientos, Robespierre retrocede hasta el borde de la plataforma.

El hombre prosigue. Por algún motivo señala las tablas a sus pies, señala... ¡Te señala a ti! Y ahora, ¿qué puedes hacer?

—¡En este mismo instante el otro traidor está escondido bajo mis pies! —exclama el hombre—. Robespierre ha colocado un espía bajo la tribuna erigida con el fin de que los hombres podamos hablar libremente. ¡Sin duda, los nombres de todos vosotros se han sumado a su lista personal de condenados a muerte!

Segundos después, un grupo de delegados te saca de tu escondite.

—¡Ejecutad al espía! —dice alguien—. ¡Ejecutad inmediatamente al espía!

Sus rostros acusadores giran ante tus ojos. Intentas ponerte de pie y librarte de las manos que te sujetan, pero súbitamente te sientes demasiado débil...



Pasa a la página 119.



Es de noche. Estás en un

patatal que abarca la mayor parte de un campo de varios acres, en el centro de París. La luna llena brilla en todo su apogeo, dando un relieve especial a las nubes que se agolpan en el horizonte.

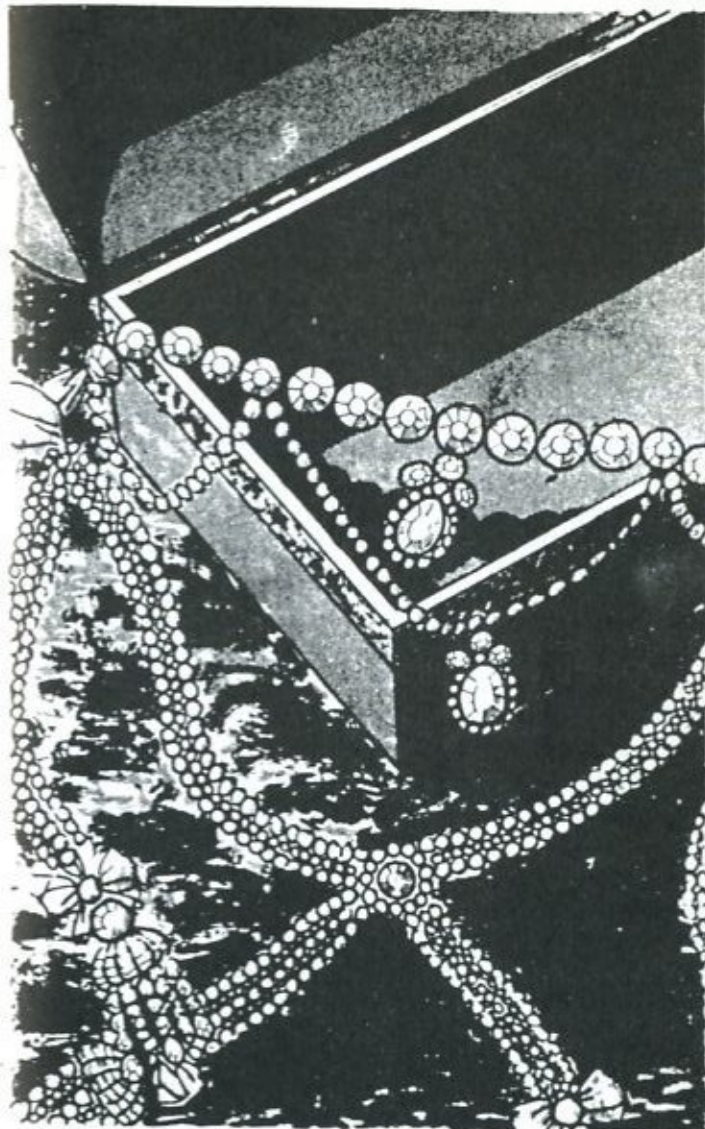
Divisas a lo lejos el desdibujado perfil de algo que parece un palacio. El perfil y hasta los desdibujados bordes del campo te resultan familiares.

Ya has estado aquí. ¿Cuándo?

¡Súbitamente te das cuenta de que el edificio es el Palacio de las Tullerías, en el que conociste al rey Luis XVI y a María Antonieta!

Parece que el gobierno revolucionario convirtió los jardines del palacio en un patatal. El cambio tiene sentido. El pueblo de París puede extraer más alimento de las patatas —que tienen tallos subterráneos— que de las flores.

Te diriges al ángulo noreste del campo, buscando pistas del escondite del collar. Como no hay pistas, en cuanto llegas al ángulo te dedicas a cavar con las manos.



Poco después, notas el roce frío del material bajo la tierra. Despejas delicadamente la zona que rodea el cofre y lo levantas.

Tu corazón late violentamente. La sangre se agolpa en tus sienes. ¡Allí podría estar el collar!

Abres el cofre... ¡y sacas el collar!

Te da vueltas la cabeza al mirar las esmeraldas, los rubíes y los diamantes que relucen y parpadean a la luz de la luna. El efecto que produce resulta sobrecogedor. Durante unos segundos comprendes que diversas personas hayan corrido tanto riesgo por este conjunto de piedras preciosas.

Luego recobras la sensatez. Guardas el collar en el cofre y cierras la tapa.

¡Es hora de ir a ver a Robespierre... y de salvar una vida!



Pasa a la página 107.



AS sacudidas del coche tirado por caballos te hacen recuperar el conocimiento. Abres los ojos y descubres que estás tendido sobre una pila de paja podrida. Tienes las muñecas atadas. En el carro van otros individuos, que también llevan las manos atadas. Todos te observan con una expresión vacía, como embotada.

Luchas por ponerte en pie. Los demás están agobiados con la idea de lo que deben afrontar. No ven lo mismo que tú: las personas que bordean las calles, que se asoman a las ventanas o que acompañan con impaciencia el carro a su destino.

Por tu parte, sólo estás un poco menos agobiado que tus compañeros. No morirás, porque puedes franquear la barrera del tiempo antes de que caiga la cuchilla de la guillotina. ¡Pero si franquearas esa barrera delante del gentío, podrías quedar estancado en el tiempo! En ese caso, no volverías a tu casa ni llegarías a saber si Emma sobrevivió al Terror.

El cochero gira y dice refocilándose:

—¡Ya hemos llegado! Aquí está la guillotina. ¡Su beso es el beso de la muerte!

Ríe encantado.

La cuchilla de la guillotina brilla bajo el sol. Pien-
sas que pronto estará opaca y ensangrentada y que
no estarás presente para verla.

Haces una reverencia para ofrecer a los asistentes
un espectáculo inolvidable. Les contarán a sus nie-
tos que una vez vieron desaparecer a una persona...
¡Delante de sus propias narices!

La espantosa procesión se interrumpe brusca-
mente por la llegada de un hombre que cabalga a
toda velocidad. Jadeando, detiene el caballo delante
del carro.

—¡Se han suspendido todas las ejecuciones! —grita
el guardia—. Es un anuncio oficial. ¡Robespierre ha
caído! ¡La nación francesa ha sido liberada de sus li-
bertadores!

—¿Se han suspendido las ejecuciones? —repites in-
crédulo.

Para tu sorpresa, los espectadores aplauden a ra-
biar. Varios trepan al carro y ayudan a los prision-
eros.

Un hombre corta las cuerdas de los prisioneros
con ayuda de una navaja. Cuando le muestras tus
manos, el hombre sonríe y corta tus ligaduras.

Bajas del carro y te pierdes en medio de la multi-
tud. ¡Después de todo, parece que tendrás una opor-
tunidad de buscar el jardín!



Pasa a la página 116.



H

AS franqueado «a ciegas» la barrera del tiempo para evitar que los carceleros de Robespierre te atrapen. Sin soltar el cofre del collar, te das cuenta de que estás entre una cortina y una pared. ¿En qué ciudad te encuentras? ¿En qué tiempo estás?

Oyes los gritos de varias personas que discuten. Al parecer, caminan por las calles próximas, pero no entiendes lo que dicen. Al menos, parecen hablar en francés.

Te pones nervioso cuando alguien llama a una puerta.

—Sí, ¿de qué se trata? —pregunta alguien que está contigo en la habitación.

Se abre una puerta.

—General Napoleón, por las calles hay manifestaciones masivas. La gente protesta por las nuevas regulaciones del toque de queda y están convencidos de que aún hay traidores. ¿Cuáles son sus órdenes?

Napoleón enciende una cerilla. En la súbita llamarada de luz ves, a través de la delgada tela de la cortina, que el gran corso está sentado ante su escritorio. Estás detrás, de pie, ligeramente a su derecha.

—Fuego a discreción, por supuesto —responde encendiendo una lámpara de aceite que reposa junto a algunos documentos—. El pueblo debe comprender que Francia nunca alcanzará la grandeza si el gobierno provisional permite los desmanes y distur-

bios callejeros. Estamos en octubre de 1795 y alborrea una nueva era. ¡Una era de orden y disciplina, que unificará a toda Europa!

—¡Comprendido, mi general! —dice el oficial. Y cierra enérgicamente la puerta al salir.

—Ya puedes salir —dice Napoleón unos segundos después.

Sientes que estás pálido como el papel. ¡Te está hablando!

—Y así podrás decirme qué haces aquí, jovencito —añade el general.

Sales de detrás de la cortina. ¿Deberías ponerte en posición de firmes? Como no estás seguro, haces un torpe ademán.

—Buenas noches, general. Supongo que ya ha adivinado que he venido a verlo.

Napoleón asiente desganado.

—¿Para qué has venido?

—Por esto —respondes sacando el collar del cofre y entregándoselo.

El gran corso queda momentáneamente fascinado por su belleza. Alza el collar y lo acerca a la luz para examinarlo desde todos los ángulos. Cuando eleva la mirada, su actitud de irritación hacia ti ha cambiado por completo. Ahora muestra respeto.

—¿Por qué has venido a verme a causa de este collar?

—Lo encontré de manera casual. Pertenece a una amiga a la que no he podido encontrar.

—¿De quién hablas?

—Me refiero a Emma Berthier, una joven que en otros tiempos participó activamente en la política revolucionaria.

—Afortunadamente puedo ayudarte. Mademoiselle Berthier está prometida a uno de los oficiales de



mi estado mayor. Lo conoció la misma noche en que se reconcilió con su madre, que los presentó durante una fiesta -Napoleón se pone en pie-. Me ocuparé de que lo reciba.

Estás seguro de que lo hará.

-¡Muchas gracias, general!

Sales a un pasillo vacío. Parece que los guardias están apostados en la planta baja.

¡Emma va a casarse! El collar será un digno regalo de bodas. Aunque ha perdido a uno de sus tíos en los turbulentos años de la Revolución Francesa, parece que Emma se ha reconciliado con su madre.

En las calles resuenan unos disparos. Parece que el orden se restablece. La Revolución Francesa toca a su término.

Pero el sueño de la libertad, que se convirtió en una pesadilla durante el Terror, no se apagará en el corazón del pueblo francés. El *ancien régime* ha desaparecido definitivamente. Y, con él, las terribles injusticias padecidas por el pueblo llano. Después de siglos de desigualdad, por fin Francia ha puesto el pie en el camino que conduce a la auténtica democracia.

Has sido testigo del nacimiento de una nueva nación francesa. Y has cumplido tu misión. ¡Es el momento de volver a casa!

MISIÓN CUMPLIDA

LISTA DE DATOS

Página 13: ¿Crees que ya tienes suficientemente información procedente de Emma?

Página 18: ¿Cuál es el mejor modo de conseguir un pañuelo de cuello sin despertar sospechas?

Página 21: ¿Quién «poseía» realmente el collar?
¿Quién es la persona probablemente más interesada en saber dónde está?

Página 36: ¡Piensa! ¿Quién dispone de mayores probabilidades de contar con más información?

Página 59: ¿Cuántos hijos tiene la reina?

Página 66: ¿Cuánto tiempo crees que se quedará?

Página 70: ¿Quién tiene más posibilidades de saber lo que sucedió *después* de que robaran el collar?

Página 92: ¿Qué acontecimiento conmemora el Año Uno? Echa un vistazo al Banco de Datos.

Página 106: La respuesta de Mulhouse *podría* reflejar su faceta más «práctica».

AÑO 1794



**Has retrocedido en el tiempo
hasta la época del Terror en Francia.**

Te han acusado de traicionar la Revolución Francesa. Una enardecida multitud te ha enviado a la guillotina para que te ejecuten.

¿Intentarás convencer a la masa de tu inocencia o procurarás escapar? ¡Tu decisión puede conducirte a la salvación o a quedar perdido en el tiempo!

**¿ESTÁS DISPUESTO A PLANTAR
CARA AL PELIGRO?**

LA HOJA DE LA GUILLOTINA

Por Arthur Byron Cover

Ilustraciones:
Scott Hampton

LA MAQUINA DEL TIEMPO